

Oberlin = Teller, Gabriel
[360:6]

ESTO SÍ QUE ES NEGOCIAR,

COMEDIA.

PERSONAS.

EL DUQUE DE BRETAÑA.
ROGERIO.
LEONISA, *serrana*.
CLEMENCIA, *dama*.
ENRIQUE, *conde*.
PINARDO.
CARLIN, *pastor*.

FIRELA, *pastora*.
ALBERTO.
FILIPO.
MARGARITA, *duquesa*.
CRIADOS.
UN PAGE.
ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Nantes y sus inmediaciones.

ACTO PRIMERO.

—
Campo entre la casa de Rogerio y la de Leonisa.

ESCENA I.

—

LEONISA. ROGERIO, *de camino*.

ROGERIO.

Sin quitarme las espuelas,
mi bien, en tu busca vengo.
¿Cómo estás? Mas ¿qué pregunto?
¿Cómo estará el campo ameno
cuando es su huésped el mayo,
el sol del eclipse lejos,
la luna en su exaltacion,

sin nubes ni aires el cielo?
 Abril de hermosuras te hallo ,
 sol hermoso á verte vuelvo ,
 luna ; ay Dios! no seas menguante ,
 cielo de milagros lleno.
 Infinidad de hermosura
 te dejé, y á verte vuelvo
 mas hermosa. ¡A lo infinito
 añades , mi bien! ¿Qué es esto?
 Poco mi ausencia has sentido.—
 Mira el rigor de mis celos ,
 que deseo hallarte hermosa ,
 y porque lo estás, lo siento.
 ¿Haste acordado de mí?

LEONISA.

Bachiller venís , Rogerio ;
 si enseña París lisonjas ,
 de escolar, volveis maestro.
 Amábades antes mas,
 y hablábades antes menos :
 ¡huego de Dios en amor
 con vicio de lisonjero!
 Por acá lo hemos pasado ,
 las noches hilando al fuego,
 los dias labrando al sol ,
 ya en consejas , ya en consejos ;
 hánmelos dado, y no pocos ,
 de que iguale pensamientos
 á mis posibilidades ,
 porque es soberbia quereros.
 Vos hidalgo , yo villana ,
 vos hijo de nueso dueño ,
 yo su vasalla y pechera ,
 yo simple , vos trapacero ;
 ¡concertadme esas medidas!
 Bien sabe Dios lo que he hecho
 por repujaros del alma ;
 pero vos, quedo que quedo.
 ¡Cuántas veces me acosté
 con último presupuesto
 de amanecer sin cuidados ;
 y ruciando el aposento ,

con agua bendita, dije:
 "amor engañoso, arredro;
 que debeis de ser el malo
 en lo sutil y lo inquieto;"
 y tornándome á acostar,
 hallaba los ojos llenos
 del agua, si no bendita,
 mas salada que ella al menos.
 ¿De qué sirvió el derramarla,
 si hallé por el caso mesmo
 cada pestaña un guisopo,
 cada ojo una pila vuelto?
 Despierta, en fin, os echaban
 mis propósitos del pecho;
 mas por no cerrarle bien,
 os entrábades durmiendo.
 Yo en echarle, él en volverse,
 canséme, en fin, y dejélo;
 porque en dando en cabezudo
 amor, saldráse con ello.
 Veis aquí en lo que he pasado
 todo este prolijo invierno,
 que vos allá entre escolares
 habeis revuelto cuadernos.

ROGERIO.

Bien le llamaste prolijo,
 pues siendo siglos eternos
 sus noches, y yo sin tí
 lo que Noruega sin Febo,
 todo él ha sido una noche,
 y en ella mi amor enfermo
 con ansias por este dia,
 á cuya luz amanezco.

LEONISA.

¿Habeis estodiado mucho?

ROGERIO.

Todo amante verdadero
 es, mi Leonisa, estudioso;
 libros son sus pensamientos,
 hojas en la multitud,
 que repasando desvelos
 en letras de sus cuidados,

mas estudia y sabe menos.

LEONISA.

¡Malos años, y qué bien
lo sabeis decir!

ROGERIO.

Lo siento
mejor, dirás con verdad.
¿Qué hay en la sierra de nuevo?

LEONISA.

Parió la del herrador,
y enviudó la del barbero.

ROGERIO.

Eso poco me hace al caso.

LEONISA.

Pues ¿qué quieres saber?

ROGERIO.

Quiero,
en fe que te quiero mucho,
saber quien te quiere.

LEONISA.

¡Bueno!

Yo os juro, á fe de serrana,
que hay mas de dos en el puebro,
y mas de tres en el valle,
y al rededor mas de ciento,
que á mi padre me han pedido;
y él, como está medio ciego,
medio sordo, y enfadoso
no medio, sí todo entero,
no hace son predicarme
que acabe de darle un yerno,
y escoja entre todos uno,
que al año le dé dos nietos.

ROGERIO.

No tienes el gusto tú
á serranos toscos hecho;
que esa alma erró el hospedage
cuando entró á vivir tu cuerpo:
tu eleccion toda es hidalga.

LEONISA.

Decís verdad, y aun por eso
hay en la comarca amante

mozo, rico y caballero.

ROGERIO.

¿Es Filippo?

LEONISA.

A la primera

lo acertastes.

ROGERIO.

¿Cierto?

LEONISA.

Cierto;

y á fe que si se llevara
 amor por negociadero,
 que lo ha apretado de modo,
 que á no tener yo tan tieso,
 segun los percuradores,
 ya amor fuera matrimeño.
 Vueso padre me pidió
 al mio para él, y el viejo,
 como le sirve, no supo
 si (1) dar su consentimiento.
 Llamóme la misma noche,
 y con los brazos al cuello,
 me dijo: "Leonisa mia,
 mucho es lo que á Dios debemos.
 De Ingalaterra te truje
 á Bretaña, y por sucesos
 que por no desconsolarte,
 te conviene no saberlos,
 pastor, sin serlo, me hice;
 que el temor y el escarmiento
 allanan dificultades,
 y dan oficios diversos.
 Quince años há que he servido
 á Pinardo, dueño nueso,
 restaurando por leal
 descréditos de estrangero;
 Filippo ha reconocido
 en tí, á pesar de groseros
 estorbos, alma curiosa,

(1) Sino, mas que.

y bien nacidos respetos.
Para su esposa te pide;
mi señor es su tercero;
la vejez mi muerte anuncia,
y pueden mucho sus ruegos.
No te amilanes por ver
que es un pobre ganadero
tu padre, y tu dote humilde
tres bueyes y cien borregos;
que para el paso en que estoy,
que los blasones soberbios,
no de Filipo, del duque
que en Bretaña tiene el cetro,
si te igualan, no aventajan
al ilustre nacimiento
que trabajos y peligros
en tí disfrazan molestos.
Coje, pues eres discreta,
la ocasion por los cabellos,
y siendo su esposa, estima
en mí el haberte dicho esto.”
Respondile yo turbada:
“padre, dado que agradezco
la confusa informacion
que en mi abono heis descubierto,
no creais que lo ignoraba;
que mis nobles pensamientos,
desmintiendo los sayales,
que era noble me dijeron.
De tres años vine aquí;
diez y ocho solos tengo;
no quiero mal á Filipo,
ni bien tampoco le quiero;
mientras no peinare canas,
y vos vivís, haga el tiempo
su oficio, y desee ese hidalgo;
que si el amor es deseo,
cuanto mas presto se alcanza,
se estima despues en menos;
que joya que cuesta poco,
diz que se aborrece presto.”
Iba el viejo á replicarme;

pero déjéle con esto,
y vine á pagar albricias
al alma que llegó á veros;
que ella misma adivinó
que no era posible en medio
de tormenta tan mortal
no aparecerse San Telmo.

ROGERIO.

¿Hay discrecion mas sabrosa?
En esta mano que beso,
cifro las ponderaciones
de un firme agradecimiento.
Nunca tuve duda yo
de que eres noble; que el cielo,
aunque disfrazado en nubes,
muestra lo que es al discreto.
¿Qué importa que sierras vivas,
si muestra tu entendimiento,
aunque en sencillas palabras,
la alteza de sus conceptos?
Mas rico es que yo Filipo;
mas no, mi bien, en deseos,
que durarán hasta tanto
que seas el gozo de ellos.

LEONISA.

Soy serrana.

ROGERIO.

El oro lo es.

LEONISA.

Sois noble.

ROGERIO.

Porque te quiero.

LEONISA.

Soy forastera.

ROGERIO.

Eslo el sol.

LEONISA.

Soy constante.

ROGERIO.

Pues por eso.

ESCENA II.

PINARDO.—LEONISA. ROGERIO.

PINARDO.

¡Rogerio!

ROGERIO.

¡Padre y señor!

PINARDO.

¿Tú aquí? Pues ¿tan descansado
llegas, que buscas el prado?
¿No fuera en casa mejor?
¿Sin descalzar las espuelas!
¿sin reparar lo que abrasa
la siesta!

ROGERIO.

No te hallé en casa;
que siempre el sueño desvelas:
por mirar tus granjerías
en busca tuya salí;
encontré á Leonisa aquí;
díjome que ya venias;
afirmame que se casa
por orden tuya, muy bien,
y dábale el parabien
mientras tornabas á casa.

PINARDO.

Si he de creer en señales
que con escusas previenes,
Rogerio, esos parabienes
los juzgas tú para-males.
Filipo nuestro vecino
á Leonisa tiene amor;
hízome su intercesor,
y á hablarme para esto vino;
que puesto que es desigual
el casamiento que intenta,
bellezas Leonisa aumenta
que son su dote y caudal;

pues juzga la juventud,
si amor de límites sale,
que á la riqueza equivale
la hermosura y la virtud.
Tú seas muy bien venido;
éntrate, Leonisa, allá;
no salga Filippo acá,
que con ojos de marido
te mira, y son diferentes
que los ojos del galán;
pues cuando ocasiones dan
amorosos accidentes
á un amante desvelado,
puesto que paciencia tenga,
hay quien dice que se venga
después que se ve casado.

LEONISA.

Hasta agora, señor mio,
¿de qué se puede quejar,
si el sí le tengo de dar,
y ese estriba en mi albedrío?

PINARDO.

Dióle tu padre por tí,
y tú estás sujeta á él.

LEONISA.

Pues despósese con él
Filippo, y déjeme á mí;
que si me hicieron los cielos
serrana, la seda olvido,
y yo no quiero marido
que se entra en casa por celos. (*Vase.*)

ESCENA III.

PINARDO. ROGERIO.

PINARDO.

Rogerio, estímate en mas;
Leonisa no te merece;
la hermosura desvanece;

sabio me dicen que estás ;
 y el sabio en las ocasiones
 sábias resistencias cria ;
 no ostentes filosofía ,
 si no resistes pasiones.
 Ya Leonisa está casada ;
 ¿qué es lo que pretendes de ella?

ROGERIO.

Si porque hablaba con ella ,
 esa sospecha escusada
 á reprenderme te obliga ,
 culpa , señor , tus engaños ,
 y Filipo muchos años
 la goce , y su amor prosiga ;
 que yo con otros desvelos...

PINARDO.

No digas mas ; esto ha sido
 dejarte solo advertido.

ROGERIO , *aparte*.

¡El primer encuentro es celos!

PINARDO.

¿ Graduáste en París?

ROGERIO.

Con aplauso universal ;
 fue el concurso general ,
 honróme la flor de lis.
 Dicen exageraciones (1)
 varias alabanzas mias ;
 tuve en escuelas tres dias
 tres diversas conclusiones.
 De cánones y de leyes ,
 señor , las primeras fueron ,
 y agradables asistieron
 á autorizarlas los reyes.
 Tuve de filosofía
 las segundas: la alabanza
 propia poca fama alcanza ;

(1) Los veinte y ocho versos siguientes hasta el de, *y en fin, llegué á tanta estima* , faltan en la reimpresion hecha por doña Teresa de Guzman.

no he de exagerar la mia ;
mas dígalo el envidioso ;
que de él la quiero fiar :
rótulos haz trasladar ,
que en ellos *el prodigioso*
me llaman , donde ver puedes ,
porque mas honras me apoyen ,
que si las paredes oyen ,
ya hablan por mí las paredes.
De toda la teología
las terceras sustenté ,
y tan noble este acto fue ,
que duró por todo el dia.
Salí en hombros de maestros
por las calles laureado ,
despues que recibí el grado
del decano de los nuestros ;
y , en fin , llegué á tanta estima ,
que los que mas me envidiaban ,
por cláustro despues me daban
las tres cátedras de prima.
Enviásteme á llamar
para cosas de importancia ,
dejé la corte de Francia ,
y al vulgo que murmurar ,
y , en fin , vengo á tu presencia ,
donde podré defender
que el saber obedecer
es la mas perfeta ciencia.

PINARDO.

De mas consideracion
es el cargo que te espera ,
que cuantos darte pudiera
París en tu profesion.
Si el venir juzgas á agravio ,
verás en distancia corta
cuanto , Rogerio , te importa
ser en esta ocasion sabio.
No te quiero decir mas ,
por darte junto el contento.

ESCENA IV.

CARLIN.—DICHOS.

CARLIN.

¡Verá el acompañamiento
que traen delante y detras!

PINARDO.

¿Qué es eso?

CARLIN.

Que se desliza
acá el duco y sus vasallos,
y con mulas y caballos
mos destruyen la nabiza.
Ya se apea en el zaguan
de casa la gente toda,
y á fe que viene de boda.

PINARDO.

Si aquí los duques estan,
por tí vienen; ven, y anima
tu valor.

ROGERIO.

Declara mas
tus palabras.

PINARDO.

Hoy sabrás
el alma de aqueste enîma.

(Vanse Pinardo y Rogerio.)

CARLIN.

¡Verá qué engorgollotada
la hermana duca venia!
Carlancas crô que traia,
segun que la vi espetada.

ESCENA V.

FIRELA.—CARLIN.

FIRELA.

¿Hay mas roído y tropel?
¿Malos años para ella,
y cuál viene la doncella
guarnecida de oropel!
¿Acá estabas tú, Carlin?

CARLIN.

Acá estó. ¿Vistes la dama?

FIRELA.

Trabajo tendrá quien la ama
con tanta ropa y botín.

CARLIN.

Dad al diablo la muger,
que gasta galas sin suma;
porque ave de mucha pluma
tiene poco que comer.

FIRELA.

Ya parece que despuntas.

CARLIN.

El que la llegue á abrazar,
por fuerza se ha de picar,
según la guarnecen puntas.
¿Pues el carro en que venía....!

FIRELA.

Esa se llama carroza.

CARLIN.

¿Nombre le dan de corozá?
Debe ser en profecía;
porque ninguna carreta
de estas, aunque tachonada,
escapa de encorozada
por lo que tien de alcahueta.
Mas vó á verlos, ya que estan
aquí.

ESTO SÍ QUE ES NEGOCIAR.

FIRELA.

¿ Para qué?

CARLIN.

Dijoren

los que el duco acompañoren
que ambos son de mazapan. (*Vase.*)

ESCENA VI.

LEONISA.—FIRELA.

LEONISA.

¡ Ay Firela! muerta vengo.
Si supieras las desgracias
que tras el pasado bien
mis tormentas acompañan,
cuán de ordinario se sigue
tormenta tras la bonanza,
tras la serenidad, nubes,
y tras los contentos, ansias,
¡ qué lástima me tuvieras!
No há un instante que colmaba
el corazon de alegrías,
la voluntad de esperanzas;
ya mi paz se volvió guerra,
mi buena suerte trocada,
lutos ya mis regocijos.
¡ Ay cielos!

FIRELA.

Pues bien, ¿ qué pasa?

LEONISA.

¿ Viste venir á Rogerio
añadiendo al mayo galas,
gentilezas á esta sierra
y envidias á su alabanza,
el mas sabio de París,
mas noble de esta comarca,
mas bizarro de este reino,
mas firme de cuantos aman?

FIRELA.

Vile , y díle bienvenidas.

Pues , ¿qué hay de nuevo?

LEONISA.

¡ Ay serrana !

Agravios de mis desdichas ,
rigores de sus mudanzas.

FIRELA.

¿Mudóse?

LEONISA.

Peor , Firela.

FIRELA.

¿Es muerto?

LEONISA.

Poco le falta,
si se va y no ha de volver,
si , en fin , me olvida , y se casa.

FIRELA.

Vuelve en tí , serrana hermosa.

¿Qué dices? Si no es que agravias
tu cordura , nunca afirmes
cosas en tí tan contrarias.¡ Hoy venido , y hoy ausente
Rogerio! Apenas se aparta
de tí perdido de amores ,
¡ y ya ajenas prendas trata!
No lo creas.

LEONISA.

¡ Ojalá

que locuras me engañaran ,
á trueque que no salieran
verdaderas mis desgracias!
Estaba contenta yo
de que siendo su vasalla ,
de Pinardo sucesor ,
aunque noble su prosapia ,
imposibles prometia ,
y pagándome en palabras ,
en sabrosas dilaciones
mis deseos dilataba ;
que aunque nunca se cumplieran ,
difíciles esperanzas

voluntades entretienen ,
 y desengaños los matan.
 Mi Firela , aquestos lloro :
 llegó el duque de Bretaña
 con Clemencia su sobrina
 y toda su corte , á casa.
 Fueron Pinardo y Rogerio
 á darles la bien llegada....
 ;Quién pensara tal desdicha!
 Siempre es necio el *¿quién pensara?*
 Apenas llega Rogerio ,
 cuando amoroso le abraza
 y por hijo le confiesa
 el duque , bañando canas
 tributos del corazon.
 Toda la gente se espanta ;
 Pinardo le llama alteza ,
 Clemencia esposo le llama.
 Húbole , segun dijeron ,
 Carlos duque en una dama ,
 cuya nobleza publica ,
 puesto que su nombre calla.
 Crióle (por no dar celos
 á Isabela que Dios haya ,
 del duque Carlos esposa)
 Pinardo en estas montañas ;
 por padre le respetó ;
 mas ya que viudo repara
 dificultades el duque ,
 hasta agora receladas ,
 y la duquesa sin hijos
 hospedages desampara
 del cuerpo , que á sus principios
 se vuelve , volando el alma ,
 clausuras rompe el secreto ,
 y toda lenguas la fama ,
 hijo natural publica
 á Rogerio. ; Cosa estraña!
 Grave admite parabienes ,
 y como si no ignorara
 desde el dia en que nació ,
 dichas , para mí desgracias ,

sin causarle este contento
 turbacion, muestra en la cara
 que al sabio y al generoso
 no le alborotan mudanzas.
 En fin, le lleva consigo
 el duque, y enamorada
 Clemencia, (si he de creer
 celos que todo lo alcanzan)
 á un conde llamado Enrique
 que con esperanzas falsas
 ser su esposo pretendia,
 y al viejo duque acompaña,
 olvida, desdeña, ofende,
 martiriza, hiela, abrasa,
 niega, desprecia, despide,
 injuria, despulsa y mata.
 Todo esto he visto en su rostro,
 que las colores desmaya
 que bosquejaba el contento,
 y ya su muerte amenazan.
 ¿Qué he de hacer, Rogerio duque,
 viudas ya mis esperanzas,
 Clemencia triunfando de ellas,
 yo por pastora olvidada,
 él á su padre obediente,
 amor con mayores llamas,
 quiméricos mis deseos,
 él sin amor, yo sin alma?

FIRELA.

Olvidar, Leonisa hermosa,
 y advertir que eres serrana,
 y Rogerio nueso duque;
 que diz que amor no tien alas
 para alcanzar imposibles,
 ni jamas mide distancias,
 por mas que alegues ejemplos
 que de este modo se apartan.
 Filipino es noble y es rico,
 y si á Rogerio no iguala,
 pues por esposa te pide,
 no es la contrayerba mala.
 Ama á quien te quiere bien:

olvida, pues eres sábia ;
desprecia á quien no te quiere,
y un clavo con otro saca.

LEONISA.

¡Qué bien receta remedios
la voluntad que está sana,
Firela, á la que está enferma!
Facil olvidar me mandas;
pero ¿dónde está ese olvido?
Quítale al mar toda el agua,
y pasarásle á pie enjuto :
los celos diz que se llaman
provision de la memoria;
celosa y enamorada,
¿ cómo quieres tú que olvide?

FIRELA.

Acá se acerca la dama
con un hombre.

LEONISA.

Ese es Enrique.

FIRELA.

Pues, Leonisa, ó vete, ó calla.

LEONISA.

¿Cómo podré?

FIRELA.

¿Qué sé yo?

(Yéndose.)

LEONISA.

Pues ¿vaste?

FIRELA.

A ver lo que pasa
allá; que no quiero ser
testigo aquí de tus ansias. (Vase.)

ESCENA VII.

ENRIQUE. CLEMENCIA.—LEONISA, *que se queda oculta, escuchando.*

ENRIQUE.

Entretanto que recibe
Rogerio los parabienes
de lisonjeros, y vive
una esperanza que tienes
casi muerta en mí, apercibe,
Clemencia, obsequias funestas,
de mi suerte triste fruto,
si ya no te son molestas;
que sí serán, pues mi luto
no viene bien con tus fiestas.
¡Ay prima! (que no me atrevo
á darte nombre de dama,
mientras á los rayos pruebo
de mi amor, que es todo llama,
tu fe) el regocijo nuevo
conozco con que ya estimas
al pupilo de Pinardo,
á quien con tu amor animas,
y del gran duque bastardo,
en tus ojos legítimas.
Casarle el duque pretende
contigo, y sin resistencia
el valor que en tí se ofende,
atribuirás á obediencia
la inclinacion que te enciende.
Darásle el sí con la mano,
porque el alma te dedique
hoy un duque, ayer villano;
ya habrás olvidado á Enrique;
ya le juzgarás tirano
de tus gustos; ya en tus ojos
rigores deletrearé,
si antes risueños despojos;

ya quien blanco de amor fue,
lo será de tus enojos.

Muere mi amor donde nace
el de Rogerio, Clemencia;
es duque, y te satisface,
y darásme por sentencia
que todo lo nuevo aplace.

CLEMENCIA.

Enrique, ¿qué has visto en mí
para culparme indiscreto?

ENRIQUE.

Almas en tus ojos ví
transformadas en objeto
villano.

CLEMENCIA.

Si hablas así,
desacreditas cuidados
en ti siempre comedidos,
y agora demasiados.

ENRIQUE.

Nunca entre los ofendidos
son los celos bien criados.
Pero pues vuelves por él,
¿qué mas certidumbre buscan
mis penas, prima crüel?

CLEMENCIA.

Las quimeras que te ofuscan,
como vienen de tropel,
no te dejan discurrir:
sosiégalas poco á poco;
que si es de cuerdos sufrir,
todo arrojamiento es loco,
y no digno de sufrir.

¿Qué favores hasta agora
á Rogerio ves que he dado,
que así mi fe se desdora?
El duque le ha confesado
por su heredero, y le adora;
lleguéle el pláceme á dar
por hijo suyo y mi primo,
sabio y digno de admirar;
porque yo no desestimo

quien de mí se quiere honrar.
 Ofrecióle que sería
 mi esposo el duque ; es así :
 ¿ dije yo que lo admitía ?
 ¿ dile agradecida el sí ?
 ¿ mostré en oírlo alegría ?
 ¿ Con qué livianos favores
 le honré, que tanto te espantas,
 y me atribuyes rigores ?
 ¿ Ves, primo, como adelantas
 antes de tiempo temores ?

ENRIQUE.

¿ Luego no le quieres bien ?

CLEMENCIA.

Quiérole como á mi primo.

ENRIQUE.

Y como á amante tambien.

CLEMENCIA.

Estímame , pues te estimo ;
 que no todo lo que ven
 ojos nobles , lo apetecen.

LEONISA , *aparte*.

¡ Ay si esto fuese verdad !

ENRIQUE.

Sospechas me desvanecen ;
 pero si en esa beldad
 mis dichas se fortalecen ,
 á tu ilustre resistencia
 trofeos labre mi amor.
 Mas él vuelve á tu presencia.
 ¡ Ay ! Si te hallase *rigor*,
 fueras para mí *Clemencia*.

ESCENA VIII.

ROGERIO.—CLEMENCIA. ENRIQUE. LEONISA , *escondida*.

ROGERIO.

Hame mi padre mandado,
 bella señora, que asista

de ordinario á vuestra vista,
 porque conoce el cuidado
 que me causa estar ausente,
 y darle gusto deseo
 por lo mucho que granjeo
 siéndole en esto obediente.

CLEMENCIA.

Débole yo, gran señor,
 tanto al duque que procura
 aumentos de mi ventura
 con vuestro.... (*Aparte.* Dijera amor,
 á no estar Enrique aquí.
 ¡Qué apacible gallardía!)

ROGERIO.

Cuando de la suerte mia,
 que quiere mostrar en mí
 el poder con que me ampara,
 otra dicha no tuviera;
 cuando ilustre no naciera,
 y á Bretaña no heredara;
 indicios he visto claros
 de lo mucho que le debo,
 pues por su causa me atrevo....
 Iba á decir, á adoraros;
 pero juzgaréisme loco,
 si sois tambien de opinion
 que la amorosa pasion
 se introduce poco á poco.

LEONISA, *aparte.*

¡Ay alma! ¡no escuchais esto?
 Murió mi esperanza aquí.
 ¡Que me haya olvidado así!
 ¡Que se enamoró tan presto!
 ¡Amada y aborrecida
 en un instante! ¡en un punto
 mi amor nacido y difunto!
 ¡el ingrato y yo sin vida!
 Troqué dichas por enojos;
 toda soy penas.

ENRIQUE, *aparte.*

Por Dios,

que en mirándose los dos,
se despulsan por los ojos.

CLEMENCIA.

(*A Rogerio.*)

Mandóme el duque mi tío
deciros cierta advertencia.

(*A Enrique.*)

Conde, con vuestra licencia.

ENRIQUE, *aparte.*

Alto, desengaño mio,
apercebid sepultura
á mi esperanza, que ya
indicios de muerte da.

(*Retírase, y quédase al paño.*)

ROGERIO, *aparte.*

Aunque divertir procura
la memoria mi cuidado
de Leonisa, á la presencia
bellísima de Clemencia,
bien podré mudar de estado;
mas de amor, es imposible.

CLEMENCIA.

Mandóme el duque, en efeto,
deciros qué en el objeto
de vuestro talle apacible....
No me ha dicho el duque nada;
que si secretos fingí,
fue para apartar de aquí
quien os compitey me enfada.

ROGERIO.

Si es amor entre los dos
antigua correspondencia....

CLEMENCIA.

Fuélo; mas no hay competencia,
duque gallardo, con vos;
los suyos fueron ensayos
de este amor ya verdadero.

LEONISA, *aparte.*

Yo me abraso, yo me muero.

ENRIQUE.

(*Desde donde está acechando.*)

¡O celos, de amor desmayos,

de mi muerte exploradores !

ROGERIO.

No há mucho que fui villano ;
si me atreviere á esta mano,

(*Tómasela.*)

aumento de mis favores,
ya veis que me da licencia
nuestro proverbio vulgar.

LEONISA, *aparte.*

¿Que se la dejó besar ?

Seso, á Dios; á Dios, paciencia.

(*Sale, y apártales las manos, metiéndose en medio, como que busca en el suelo algo.*)

Con su licencia, señora ;
que se me perdió un zarcillo,
dádiva de mi carillo,
y le ando buscando agora.

CLEMENCIA.

¿Qué es esto ? Apártate allá,
grosera.

LEONISA.

¡Válgamos Dios!

¿tan delgados son los dos ?

ROGERIO, *aparte.*

¡Ay mi bien!

LEONISA.

Hágase acá ;

que ancia aquí se me cayó.

ENRIQUE, *aparte.*

¡O serrana más discreta
que yo !

LEONISA.

Cuando aquí me meta,
¿no estoy en mi casa yo?
Cada cual mande en la suya.

ROGERIO, *aparte.*

¡Ay Leonisa de mis ojos!

autor soy de tus enojos ;
no há mucho que prenda tuya
me llamabas: soy yo duque ;
por fuerza te he de olvidar.

LEONISA.

¿Qué piensa? Hele de buscar,
aunque la casa trabuque.

CLEMENCIA.

Rústica, ¿sabes quién soy?

LEONISA.

Una muger, cuando mucho,
con gorguera y cocurucho.
Veré agora.....

ENRIQUE, *aparte*.

Muerto estoy;
celos me abrasan el pecho.

ROGERIO.

Apartaos, señora, aquí.

(Apártanse Rogerio y Clemencia á un lado.)

LEONISA, *aparte*.

Busco un alma que perdí,
y que es en vano sospecho.

ROGERIO.

(A Clemencia.)

Sois perfeccion de los cielos;
sois cifra de su esplendor.

LEONISA, *aparte*.

Buscan mis penas amor,
y todo cuanto hallo es celos.

CLEMENCIA.

Creed, Rogerio gallardo,
que en un hora habeis podido
engendrar amor y olvido.....

ENRIQUE, *aparte*.

Desdichas, ¿qué mas aguardo?

CLEMENCIA.

Olvido de cierto amante
que es vuestro competidor,
y en la privanza de amor
estuvo muy adelante;
y amor, por lo que os estimo
despues que gustos mejoro;
que sobre el amor que es oro,
es esmalte el ser mi primo.

ROGERIO.

Dadme á besar esa mano,

que tanto favor me da.

LEONISA.

¿Otra vez? Hágase allá.

(Vuelve á separarlos.)

CLEMENCIA.

¿Hay proceder mas villano?

¿Bárbara!

LEONISA.

¿Bárbara yo?

No soy, aunque caritiosa,
ni Bárbara, ni Teresa;
sí Leonisa.

CLEMENCIA.

Aparta.

LEONISA.

¿Yo?

Apártese ella; que aquí
nenguno puede mandar,
sí yo, y tengo de buscar
diez años lo que perdí.

CLEMENCIA.

¿Vive el cielo, mal criada....!

LEONISA.

¿Mal criada? Por su vida,
mas gorda soy y cumprida
que ella. ¿Verá la empringada!

ROGERIO.

No hagais caso, dueño mio,
de simplezas de la sierra:
dejaldá; que, en fin, si yerra,
es simple su desvarío.

LEONISA.

Y aun por ser simple y sencillo,
sois vos, Rogerio, doblado.

ROGERIO.

Volviendo á nuestro cuidado....

LEONISA.

Volviendo yo á mi zarcillo....

ROGERIO.

Para alentar mas mi amor,
quiere mi suerte que elija

glorias en esta sortija.

(Quítale una á Clemencia.)

LEONISA.

(Aparte. ¿Sortija tomó el traidor?)
Apártense que ancia aquí
debe de estar.

CLEMENCIA.

¿Qué molesta
villana!

LEONISA.

¿Ingrato, para esta!
Verá como le cogí.

(Ase de la mano á Rogerio.)

No le buscaba yo en vano;
este es mi arillo perdido;
los dos me le habian cogido.

CLEMENCIA.

Suelta.

LEONISA.

(Quitando la sortija á Rogerio.)

Echad acá la mano;
que no ha de estar sí en la oreja.
¿Verá la dama ladrona!

CLEMENCIA.

¿Hola! ¿no hay aquí personá?

ROGERIO.

Leonisa, basta la queja;
mirad que estais ya pesada.

LEONISA.

Sí haré, porque fuí ligera.

(Aparte á él.)

¿Pegaos á la caballera,
y no pagueis la posada
de quien os tuvo en su pecho!
¿Ah mudable, ingrato, infiel,
traidor, liviano, crüel!
¿paréceos que esto es bien hecho?
¿Bien pagais mi amor sencillo!
¿mucho hay en vos que fiar!

ESCENA IX.

UN CRIADO.—ROGERIO. CLEMENCIA. LEONISA. ENRIQUE, *oculto*.

CRIADO.

El duque os envia á llamar.

LEONISA.

Llevaréme yo el anillo,
que fue mi arracada dantes.

CLEMENCIA.

¡Hay igual atrevimiento!
¡Esto consentís?

ROGERIO.

Consiento

rustiquezas ignorantes.

(Aparte á Leonisa.)

Leonisa, ya ves que mudo
de estado; améte primero
como hijo de un caballero
particular, ya lo dudo.
Hijo de un duque, trocó
la suerte mi amor; reporta
tus inquietudes.

LEONISA.

No importa:

bueno es Filipo.

ROGERIO.

Eso no;

que me matareis los dos.

LEONISA.

Pues ¡qué! ¿queria el liviano
ser perro del hortelano?
Con él, y sino con vos.

ROGERIO.

Dilata un poco mudanzas;
no me atormentes con celos;
que te amo saben los cielos;
no desmayes esperanzas.

CLEMENCIA.

Duque, sospechosa estoy
de que con esa grosera
trateis.

LEONISA.

Oye, caballera,
tan buena como ella soy.

ROGERIO.

Persüádola á que deje
el favor que me habeis dado.

LEONISA.

¿Dar? Dardada; yo le he hallado;
y vos sois un grande hereje....
(*Aparte á él.* De amor.) Él ha de ir conmigo.

CRIADO.

El duque sale á buscaros.

ENRIQUE, *aparte.*

¡Hay menosprecios mas claros!

LEONISA, *aparte.*

¡Hay mas mudable enemigo!

CLEMENCIA, *aparte.*

¡Hay villana semejante!

ROGERIO, *aparte.*

¡Hay mas dudosa aficion!

ENRIQUE.

(*Saliendo, y hablando aparte á Clemencia.*)

¡A la primera ocasion
olvidada, y inconstante!

Prima, ¿esto ha sido el jurar
firmezas?

CLEMENCIA.

Conde, es violento
en quien ama el juramento,
aunque no le he de quebrar,
si bien habeis de ofenderos;
pues si juré no olvidaros,
olvidaréme de amaros;
pero no de aborreceros.

(*Vanse ella y Enrique.*)

LEONISA.

¡Buena me dejais!

ROGERIO.

Mudanzas
de estado son la ocasion.

LEONISA.

Tambien desengaños son
incentivos de venganzas.

ROGERIO.

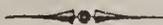
Culpad , Leonisa, á los cielos;
que aquesta es fuerza precisa.

LEONISA.

Culpe mi amor á Leonisa,
si no vengare sus celos.



ACTO SEGUNDO.



Salon en el palacio ducal.

ESCENA I.

EL DUQUE. ROGERIO. ACOMPAÑAMIENTO.

DUQUE.

Ya que estás legitimado,
y te llama sucesor
Bretaña de aqueste estado,
para que puedas mejor
dar treguas á mi cuidado,
quiero, Rogerio, que empieces
á tratar de su gobierno;
llevemos su peso á veces
los dos, pues al cano invierno
de mi edad, alivio ofreces.
Comiéntate á ejercitar
en regir y despachar
negocios que la esperiencia
reduce despues á ciencia;
que habiéndome de heredar,
bien será que desde luego
diestro en el gobierno estés
que desde agora te entrego,
porque no estrañes despues
mudanzas de tu sosiego.

ROGERIO.

Ese estimaba yo en tanto,
le prometo á vuestra alteza,
que si en el confuso espanto
de esta que llaman grandeza,
y á mí me parece encanto,

no me facilita el uso
á que el cielo me dispuso ,
teme mi melancolía
echar menos cada dia
la quietud que ya rehusó.
Estaba yo , gran señor ,
contento con el estado
de mi mediano valor ,
ni por muy rico envidiado ,
ni por pobre con temor
de desdecir de quien era ,
ó de quien pensaba ser.
Era el sosiego mi esfera ;
pensé á Pinardo deber
el ser y vida primera ,
que ya por tí se mejora ;
encontrábame el aurora
los mas dias , ó estudiando ,
las riberas margenando ,
frescas lisonjas de Flora ,
ó en la caza , que las llamas
del nieto de las espumas
refrena , engañando ramas ,
robándole al viento plumas ,
hurtándole al mar escamas.
Vasallos me respetaban
sencillos , puesto que pocos ,
que mi hacienda acrecentaban ;
y ni ambiciosos , ni locos ,
me mentian ó adulaban.
Perdí esta felicidad ,
señor , en la brevedad
de un instante ; troqué luego
la quietud por el sosiego ,
la aldea por la ciudad ,
por un duque padre , un hombre
cuya mediana nobleza
sustenta solo en el nombre ,
la merced por el alteza.
Siendo esto así , no te asombre
que sin uso ni costumbre ,
tema la vida presente ;

porque ¿quién sube á la cumbre
de un monte alto de repente,
que no sienta pesadumbre?

DUQUE.

Hechizos tiene, Rogerio,
el gobierno, que sazonan
su apacible cautiverio.
Los trabajos le coronan
con el laurel del imperio;
probarás lo que es mandar,
y no lo sabrás dejar
despues, porque es el leon
que despedazó Sanson,
y sabe panales dar.
Clemencia, sobrina mia,
de quien has de ser esposo,
contra tu melancolía
será remedio amoroso:
de ella algunos ratos fia,
que hurtes á la ocupacion
del gobierno principal,
y hallarás en conclusion
que es sazonado panal
lo que te asombra leon. (*Vase.*)

ESCENA II.

ROGERIO.

Todo esto es, Leonisa mia,
con sofisticas razones
buscar necias evasiones
para mi melancolía.
Si yo no te viera el dia
que perdí mi libertad,
fuera esta prosperidad
el colmo de mi contento;
ya sin tí será tormento
la mas regia dignidad.
Perdíte; ya no es posible

en desiguales estados
 dar alivio á mis cuidados,
 ni ver tu rostro apacible;
 pues amar un imposible
 será eterno padecer;
 no amarte no puede ser;
 pues amarte y no esperar,
 padecer, y no olvidar,
 es morir, y no poder.
 Intentar cumplir mi amor
 por medio menos que honesto,
 ni aun pensarlo, porque he puesto
 todo mi honor en tu honor.
 Morir, Leonisa, es mejor;
 batalle mi fantasía
 en tan contraria porfia
 mientras la vida haga pausa,
 como se ignore la causa
 de tanta melancolía.

ESCENA III.

LEONISA.—ROGERIO.

LEONISA.

¡Valga el diablo los jodíos,
 y qué de ello que me cuesta
 la entrada!

ROGERIO, *aparte*.

Leonisa es esta;
 refrenaos, cuidados míos;
 ojos, no perdais por vella
 la autoridad que acobarda
 mi amor.

LEONISA.

¡Verá qué de guarda
 tien la puerta! ¡Sois doncella,
 que os cercan con tal cuidado?
 ¡Piensan que os hemos de aojar?

ROGERIO.

Leonisa....

LEONISA.

Véngoos á dar
el pláceme del ducado,
porque el pésame me deis;
que desde en-ducado os ví,
no valgo un maravedí.

ROGERIO.

Mucho, Leonisa, valeis;
y si el mundo, en todo necio,
prendas del alma estimara,
y á la voluntad dejara
poner la hermosura en precio,
para comprarós á vos
poco su tesoro fuera.
El interes es su esfera,
la ambicion sola es su Dios;
esta y aquel han podido
violentar mi natural;
lo que el amor hizo igual,
la fortuna ha dividido.
Améos hijo de Pinardo,
hijo del duque, no puedo;
penas con Bretaña heredo,
la muerte sin vos aguardo.
Manda mi padre casarme
con Clemencia, prima mia;
en Orliens, su dote, fia,
y es forzoso conformarme
con el estado presente:
no querais mayor venganza
de mi forzosa mudanza,
que el vivir de vos ausente,
Midas pobre en la riqueza,
solo, por acompañado,
sin amor, enamorado;
abatido en la grandeza,
y espuesto á que el vulgo note
acciones en que es precisa
la murmuracion. Leonisa,
casaos; que yo os daré el dote. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LEONISA.

“¡Leonisa, casaos; que yo
 os daré el dote!” ¿Equivale
 dote que á Bretaña iguale,
 al alma que me robó?
 Porque Clemencia nació
 duquesa, ¿es bien que me impida
 ser de Rogerio querida?
 Si es el alma la que da
 valor, aquella será,
 que es mejor, mas bien nacida.
 ¿No es mas noble el alma, cielo (1)
 de pensamientos mejores?
 ¿no son los míos mayores,
 pues encumbran mas su vuelo?
 Amor, ante vos apelo;
 Clemencia á Rogerio adora,
 que es su igual; mas yo, pastora,
 mientras el alma le doy,
 mas noble en amarle soy,
 por ser su competidora.
 Yo, que de mi esfera salgo
 con mejores pensamientos,
 animando atrevimientos,
 merezco mas, pues mas valgo:
 no temais, amor hidalgo;
 industria, en la diligencia
 estriba la competencia,
 que ha puesto mi dicha en duda:
 Dios al animoso ayuda;
 no ha de vencerme Clemencia.

(1) Esfera.

ESCENA V.

FIRELA.—LEONISA.

FIRELA.

Pues, Leonisa, ¿podré darte
de duquesa parabienes?
Dirás que sí, pues que tienes
en Rogerio tanta parte.

LEONISA.

¡ Ay Firela! si á contarte
dichas desdichadas llevo,
confesarás que navego
viento en popa, y con tormenta;
lo que me acobarda, alienta;
todo es nieve, todo es fuego.
Quien me aborrece, me adora;
Rogerio es cortés villano;
lo que por Leonisa gano,
vengo á perder por pastora;
vence mi competidora,
porque nació con nobleza;
y yo que en fe y en firmeza
la venzo, y mi amor abono,
que compitan ocasiono
fortuna y naturaleza.
La fortuna me ha negado
generosa ostentacion;
natural inclinacion
suerte en Rogerio me ha dado.
Estrangero y desterrado,
me trujo de Ingalaterra,
niña, mi padre á la sierra
donde avecindada estoy;
sé que adoro, y no quien soy;
amé en paz, y muero en guerra.
Persüádeme á elegir
dueño Rogerio, y á el paso
conozco yo si me caso,

que de pena ha de morir.
 ¿Cómo podré yo sufrir
 verle en ageno poder?
 ¿cómo tiene de querer
 otro esposo quien le adora?
 ¿cómo, siendo labradora,
 seré de un duque muger?
 ¡Ay de mí!

FIRELA.

Leonisa mia,
 si era locura el querer
 á Rogerio antes de ser
 ó esclencia ó señoría,
 agora que el duque fia
 de él su estado y magestad,
 ¿qué será?

LEONISA.

Temeridad;
 mas todo amor es esceso:
 no quiere quien tiene seso.
 ¡Loca estoy!

FIRELA.

Dices verdad.

ESCENA VI.

CLEMENCIA y ENRIQUE, *que salen hablando sin ver á*
 LEONISA y FIRELA, *las cuales se descian á un lado.*

CLEMENCIA.

Yo, Enrique, no he conocido
 fuera del duque, otro padre;
 dejóme niña mi madre;
 á su cargo me ha tenido.
 Cuando intentaba ofender
 mi verde edad con sus años,
 y en desiguales engaños
 trocar por el de muger
 el título de sobrina,
 llevábalo, Enrique, mal;

pero ya que con igual
juventud se determina
darme por dueño á Rogerio,
de suerte contenta estoy,
que con el alma le doy
de mis gustos el imperio,
y solo que venga aguardo
la feliz dispensacion
de Roma.

ENRIQUE.

¿Y será razon
que tiranice un bastardo
mis esperanzas, Clemencia?
¿Es bien que amándoos los dos,
me venga á usurpar con vos
de estos estados la herencia
un pobre, hijo de una sierra,
entre rústicos criado?

CLEMENCIA.

El oro, que idolatrado
es en el mundo, se encierra
en las groseras entrañas
de un monte; una sierra fria
diamantes produce y cria;
planta nos dan las montañas
mas ásperas, que después
goza del mundo imperio:
nació en los montes Rogerio;
mas es diamante, oro es,
que os hace tanta ventaja
en presencia y discrecion,
que cualquier comparacion
es con él humilde y baja.
Esta es verdad manifiesta;
él ha de casar conmigo;
básteos esto por castigo,
y el dejaros sin respuesta. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE. LEONISA. FIRELA.

ENRIQUE.

(Para sí.)

Conjuróse contra mí
 el cielo; soy desdichado;
 de un monte un hombre ha sacado
 por quien la herencia perdí
 de Bretaña, y á Clemencia.
 Mas si el amor y el reinar
 ni á la sangre dan lugar,
 ni permiten competencia,
 ¿por qué sufre mi valor
 que el hijo de una montaña
 me tiranice á Bretaña,
 y desazone mi amor?
 Ingeniosos son los celos,
 y cauteloso el agravio;
 aquellos me han de hacer sabio,
 y este, á costa de desvelos,
 ejecutor ha de ser
 de lo que mi amor procura;
 que á falta de la ventura,
 suele el ingenio vencer.

LEONISA.

En buena fe, señor conde,
 aunque no me conozcais,
 que la pasión que mostráis,
 es igual á la que esconde
 quien no há mucho que tenía
 presunciones de duquesa;
 pero á un mismo paso cesa
 vuestra esperanza y la mía.

ENRIQUE.

Pues vos ¿conocéisme á mí?

LEONISA.

Suelen con facilidad

los de una enfermedad
 conocerse. Desde aquí
 los desprecios he escuchado
 con que Clemencia os despide;
 mas no es mucho que os olvide;
 que vale mucho un ducado.
 Era yo en la sierra amada;
 ya en la corte, aborrecida;
 lloro cual vos ofendida,
 muero cual vos despreciada.
 Rogerio me quiso bien,
 y agora me trata mal;
 es duque, no soy su igual.
 Juntad vos vuesto desden
 con el mio, y procuremos
 uno y otro consolarnos;
 que si un mal puede igualarnos,
 no es mucho que emparentemos.

ENRIQUE.

Vuestro donaire y belleza,
 serrana, es tal, que agradezco
 vuestro feliz parentesco.

LEONISA.

Hace hermosa la tristeza.

ENRIQUE.

¿Qué, en fin, Rogerio os amó?

LEONISA.

Testigos troncos diversos
 maltratados con sus versos.
 Una vez me comparó
 al alba cuando nacia
 afeitada de arrebol;
 otra vez me llamó sol;
 mire; qué grande heregía!
 Mas como ya el lisonjero
 se ha visto ceñir de salva,
 quedóse en *albis* el alba,
 y vine á ser sol de hebrero.
 Pero aguarde; haga una cosa:
 los celos suelen hacer
 milagros, y la muger
 despreciada es ingeniosa.

Aconséjese conmigo:
verá despues lo que pasa.

ENRIQUE.

¿Hay tal donaire?

LEONISA.

A su casa
vamos; que allí, yo le digo
que mis ardidés celebre:
vengaremos nuestra ofensa.

ENRIQUE.

¿Cómo?

LEONISA.

De donde no piensa,
dicen que salta la liebre;
quizalles le daré yo
invencion con que la dama
que á Rogerio dueño llama,
le quiera. ¿Piensa que no?

ENRIQUE.

Pienso que en tu lengua está
el hechizo del amor.

LEONISA.

Pues el engaño es mijor.

ENRIQUE.

¿Quién duda?

LEONISA.

Vamos allá;
que yo le daré á Clemencia,
por mas que de él haga risa.

FIRELA.

¿Qué quieres hacer, Leonisa?

LEONISA.

Pretender en competenciá,
enredar y disponer
ingeniosa mi aficion,
y ver para lo que son
los celos en la muger. (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

CLEMENCIA. CARLIN.

CLEMENCIA.

(Dirigiéndose á un criado á quien no se vé.)

Yo gusto de esto; dejalde.

CARLIN.

Pues ¿por qué no habian de entrar?

CLEMENCIA.

Cuando salí yo á cazar,
te conocí.

CARLIN.

Ni el alcalde,
ni el cura me quita á mí
que no entre, si se me antoja,
en la iglesia.

CLEMENCIA.

¿Quién te enoja?

CARLIN.

Un viejo porque entro aquí.

CLEMENCIA.

¿No ves que es el guarda-damas?

CARLIN.

¡Válgame Dios! ¿que hay quien deba
guardar damas, y se atreva
á que no quemen las llamas?
Pues aun no puede un marido
guardar solo á su muger,
¿y habrá quien pueda tener
tanto pájaro en un nido?
El tiene gentil tempero.

CLEMENCIA.

¿A qué has venido á palacio?

CARLIN.

En el campo hay mas espacio
que acá. Mas diga ¿es de vero
que Rogerio es duco?

CLEMENCIA.

Sí.

Vendrásle á pedir mercedes.

CARLIN.

Sí vengo, ó no.

CLEMENCIA.

Muy bien puedes;
que yo rogaré por tí.

CARLIN.

¿Y que el duco viejo es ya
su padre?

CLEMENCIA.

A él le debe el ser.

CARLIN.

¿Y ella diz que es su muger?

CLEMENCIA.

Mi esposo ha de ser.

CARLIN.

¡ Verá!

Hombre hué siempre de chapa;
desde mochacho lo tuvo;
hombre en nueso lugar hubo
que endevinó verle papa.

CLEMENCIA.

¿Cómo?

CARLIN.

Desde el primer dia,
que espenzó de gorjear,
á todos los del lugar
«taita» y «papa» les decia;
y como no se le escapa
cosa al cura, al punto dijo:
«¿papa sabeis decir, hijo?
pues yo espero veros papa.»

CLEMENCIA.

(*Aparte.* ¡Graciosa rusticidad!)
Pues le vais, serrano, á ver,
procuralde entretener,
y su tristeza aliviad;
que despues que es duque, vive
melancólico en extremo,
y á el paso que le amo, temo
su salud.

CARLIN.

¡Oh! si él recibe
cierto envoltorio que aquí
le traigo, yo le aseguro
que ella vea cual le curo.

CLEMENCIA.

¿Es regalo?

CARLIN.

Creo que sí.

CLEMENCIA.

Mostralde acá.

CARLIN.

Viene oculto.

CLEMENCIA.

¿Es de Pinardo?

CARLIN.

No es de él.

CLEMENCIA.

¿Pues cuyo?

CARLIN.

Está en un papel.

CLEMENCIA.

Regalo que no hace bulto,
¿qué será?

CARLIN.

¿No lo penetra?

Son unos polvos.

CLEMENCIA.

¿De qué?

CARLIN.

De carta, que si los ve,
tambien podrá ver la letra.

CLEMENCIA.

¿Es billete?

CARLIN.

Sí, por Dios.

CLEMENCIA.

¿Quién le escribe?

CARLIN.

No hay decillo.

CLEMENCIA.

¿Por qué?

CARLIN.

Mándanme encubriilo,
principalmente de vos.

CLEMENCIA.

(*Aparte.* ¡Ay cielos!) ¿Y es quien le avisa
en él, alguna serrana?

CARLIN.

Mas fresca que la mañana.

CLEMENCIA.

¡Bueno! Y ¿llámase?

CARLIN.

Leonisa.

CLEMENCIA.

Segun eso, no me espanto,
si es su amante y no la ve,
que triste Rogerio esté.
¿Quiérense bien?

CARLIN.

Tanto cuanto.

CLEMENCIA.

¿Y cuál de aquellas dos era,
que cuando á cazar salí,
con Rogerio hablando vi?

CARLIN.

Picando os va la celera.
La que me ha dado esta carta,
cuyo porte pagais vos,
es, señora, de las dos
barbinegra y cariharta.

CLEMENCIA.

¿Y á esa quiere?

CARLIN.

Es bella moza.

CLEMENCIA.

Mostrad el papel acá.

CARLIN.

¡Mas nonada!

CLEMENCIA.

(*Queriéndosele quitar.*)

Acabad ya,
villano.

CARLIN.

¡Ay que me retoza!

CLEMENCIA.

¿Vos usais aquestas tretas,
rústico, zafio, villano?

CARLIN.

Aquí del rey, que la mano
quiere meterme en las tetas.

ESCENA IX.

ROGERIO.—CLEMENCIA. CARLIN.

ROGERIO.

¿Qué es esto?

CLEMENCIA.

Esta es la ocasion
de vuestra melancolía,
si de la desdicha mia,
duque, presagios no son.
¡Triste estais! Teneis razon;
que el mudar naturaleza
¿á quién no causa tristeza?
y mas á vos, que trocado
habeis un ilustre estado
por esta vil rustiqueza.
Alegraos, pues os avisa
de que en esta triste ausencia
no ha de malograr Clemencia
esperanzas de Leonisa;
guardad para ella la risa,
y para mí los enojos;
que si villanos despojos
el alma tiranizaron,
yo porque á vos os miraron,
sabré castigar mis ojos. (*Vase.*)

ESCENA X.

ROGERIO. CARLIN.

ROGERIO.

¡ Bárbaro! ¿qué has hecho?

CARLIN.

¿ Yo?

¿ No lo ve? ¿ Qué quiere que haga?

¡ Aquesta será la paga
del parabien que le do!

Dos dias há que ando encantado
para darle esta escritura,
y nunca tuve ventura,
segun que vive encerrado,
de poder topar con él:

¡ mire qué dirá Leonisa,
que enviándome de prisa,
tanto há que me dió el papel!

ROGERIO.

¿ Leonisa te envió acá?

CARLIN.

Desde anteyer: ¿ no lo digo?
Con tanta guarda y postigo,
el dimuño lo hallará.

ROGERIO.

Y le habrás dicho á Clemencia
todo cuanto en mi amor pasa?

CARLIN.

Pues si con ella se casa,
encobrillo ¿ no es conciencia?

ROGERIO.

¿ Hay disparate mayor?

CARLIN.

El marido y la muger
¿ una carne no han de ser,
y una alma? El sermonador
mos lo dijo el otro dia.

ROGERIO.

¿Qué querrás decir por eso?

CARLIN.

Pues si es su carne y su hueso,
 el papel que le traía,
 y yo le negué importuno,
 cuando á su muger le diera,
 ¿qué importa que le leyera?

ROGERIO.

¿Hay tal necio?

CARLIN.

¿No es todo uno?

ROGERIO.

¿Dístesele, en fin?

CARLIN.

;Mal año!

ROGERIO.

¿Qué es de él?

CARLIN.

Aquí vien metido.

ROGERIO.

Discreto tercero has sido.

CARLIN.

Ya no hay discretos ogaño.
 Tome, y venga la respuesta.

ROGERIO.

Ya Leonisa la llevó,
 que al papel se adelantó.

CARLIN.

Tales lágrimas la cuesta.

ROGERIO.

¿Pues llora por mí Leonisa?

CARLIN.

¿Si llora? Dale tal murria,
 que crô que tien estangurria
 en cada ojo, en vez de risa;
 un rio tien en la cholla.

ROGERIO.

¿Tanto llora?

CARLIN.

Es compasion;
 y mas si hace salpicon,

y es bermeja la cebolla.
 No embargante que hay ya quien,
 ocupando el lugar vuese,
 anda por ella sin seso,
 y la enmusica tambien.

ROGERIO.

¿Quién es?

CARLIN.

Filipo, el señor
 de Castel y Fuen-Molino.

ROGERIO.

¿Filipo, nuestro vecino?

CARLIN.

Ese la tien tanto amor,
 que do quiera que la ve,
 la pestilencia le toma.
 No hay desde París á Roma
 quien tales musquinas dé.
 Anoche cantó á su puerta
 con otros dos una troba,
 y pardiez que no era boba;
 pero no estaba despierta
 la moza, y quedóse en seco.

ROGERIO.

Y ¿qué dice á eso Leonisa?

CARLIN.

Aunque hace de su amor risa,
 perdóneme Dios si peço;
 que ella es hembra, y él es tal,
 que temo ha de derriballa
 á la postre.

ROGERIO.

Terpe, calla.

CARLIN.

¡Verá! Hurtómos del corral
 el gallo el año pasado
 no sé cual de las vecinas,
 y viudas de él las gallinas,
 no atravesaban bocado.
 Llevéles otro menor;
 y él todo prumas y gala,
 ya quillotrando el un ala

hasta el suelo al rededor ,
ya escarbando , apenas toca
el muladar con la mano ,
cuando por darlas el grano ,
se lo quita de la boca.

Ellas con los gustos nuevos
menospreciando el ausente ,
(que dó no hay gallo presente ,
diz que no se pónen huevos)
darán á Leonisa olvido ,
y hará en la memoria callos ;
que de galanes y gallos ,
uno ido y otro venido.—
Mas no sé quien entra acá.

ROGERIO.

Espérame afuera un rato ,
mientras que de mirar trato
el papel.

CARLIN.

¿Escribirá?

ROGERIO.

No sé.

CARLIN.

Acabe, pues ; que es tarde.
Al puebro, pardios , me acojo ;
que me miró de mal ojo
la duca ; el dimuño aguarde. (*Vase.*)

ESCENA XI.

UN CRIADO.—ROGERIO.

CRIADO.

El duque , señor , os llama. (*Vase.*)

ROGERIO.

¡Ay Leonisa! ¿de qué suerte
podré animarme á perderte,
si con pinceles de llama
pintó en mi pecho el dios ciego
tu copia, que eterna vive?

No se borra lo que escribe
amor con plumas de fuego. (*Vase.*)

ESCENA XII.

ENRIQUE. ALBERTO.

ALBERTO.

Tú intentas cosas estrañas.

ENRIQUE.

Alberto, aquesta muger
no es posible deba el ser
á las rústicas montañas
que por su patria confiesa.
No produce el sayal vil
agudeza tan sutil:
habla la lengua escocesa
mejor que quien se ha criado
en ella; su entendimiento
es asombro y argumento
de que vive disfrazado
debajo de aquel sayal
algun valor generoso.
De Clemencia estoy celoso;
por un hijo natural
del duque, mi amor olvida;
el mismo rigor padece
Leonisa, que es quien me ofrece
la maraña prevenida.
De Escocia habrá ya llegado
la duquesa de Clarencia,
huyendo de la inclemencia
de su rey, contra ella airado.
Desembarcóse en un puerto
de mi estado, acompañada
no mas que de una criada
y un page, y hase encubierto
de suerte, que sin saber
persona de su venida,
animosa ó atrevida,

se ha querido socorrer
de mí.

ALBERTO.

Siendo su pariente,
y fiada en tu valor,
no es mucho que tu favor
Margarita hermosa intente.

ENRIQUE.

Halléla en casa, volviendo
de palacio con Leonisa:
de sus desgracias me avisa;
y la serrana entendiendo
lo que pasa, para dar
á Rogerio y á Clemencia
celos, yendo á su presencia,
da en que se ha de transformar
en Margarita, y fingir
que huye del rey enemigo;
y tratándolo conmigo,
ha sabido persuadir
á Margarita de suerte,
que por estar mas segura
del escocés, que procura
ó prenderla ó darle muerte:
la traza alaba discreta
de esta ingeniosa mentira,
y á un castillo se retira,
donde pretende secreta
aguardar el fin que tiene
su indigna persecucion.

ALBERTO.

¡Estraordinaria invencion,
si á parar en mal no viene!

ENRIQUE.

Hase vestido á lo inglés
Leonisa, dándola el trage
Margarita, y el language,
que en ella tan propio ves,
de tal suerte la disfrazo,
que si antes era pastora,
ya su hermosura enamora,
y su respeto amenaza.

Margarita se ha partido
 á una fortaleza mia,
 que se llama Roca-Fria,
 y estoy, en fin, persuadido
 á seguir esta maraña,
 pidiendo al duque licencia
 para que la de Clarencia
 viva segura en Bretaña.

ALBERTO.

¿Y qué piensas sacar de eso?

ENRIQUE.

Crêrán todos que es Leonisa
 duquesa.

ALBERTO.

Cuento es de risa.

ENRIQUE.

En su amor estuvo preso
 Rogerio, y por ser pastora,
 su pobreza y humildad
 violenta su voluntad;
 viendo, pues, lo que mejora
 con Clemencia su esperanza,
 finge tenerla aficion,
 y contra su inclinacion,
 paga á Leonisa en mudanza.
 Si la ve duquesa agora,
 y en ella el vivo retrato
 de Leonisa, á quien fue ingrato,
 y desdeña por pastora,
 claro está que la ha de amar,
 y aborrecer á Clemencia.
 ¿Qué te parece?

ALBERTO.

Evidencia.

ENRIQUE.

Yo la fingiré adorar,
 y diré al duque que intento
 casarme con ella.

ALBERTO.

Bien.

ENRIQUE.

Clemencia, cuyo desden

ya es casi aborrecimiento ,
 viéndose de mí olvidada ,
 se tendrá por ofendida ;
 que toda muger querida
 pierde el seso despreciada.
 Celosa ya , podrá ser
 que despertando su amor ,
 deje á mi competidor ,
 y volviéndome á querer ,
 á costa de estos desvelos ,
 paren desdenes en paces ;
 porque no hay mas eficaces
 terceros de amor , que celos.
 Mira lo que se interesa
 de esta aficion.

ALBERTO.

Sin cimientos
 fundas torres por los vientos ;
 pero amor , como profesada
 disparates , ya podría
 sacarte bien del presente.
 La serrana es excelente ;
 pues su autoridad la fia
 Margarita , empieza á dar
 principio á aquesta aventura.

ENRIQUE.

El amor me la asegura.
 A los duques voy á hablar. (*Vanse.*)

Gabinete del duque.

ESCENA XIII.

EL DUQUE , con un pliego. CLEMENCIA. ROGERIO.

DUQUE.

¡ Estraña novedad ! No ha sucedido

en mi corona caso semejante.

ROGERIO.

Díganos vuestra alteza lo que ha sido.

DUQUE.

Perdió Arturo la vida por amante.
 Del escocés un pliego he recibido,
 cuyas nuevas dan lástima bastante,
 y admiracion en ellas al mas sabio,
 para que en la muger tema el agravio.
 Mandó en su corte el rey hacer justicia
 del duque de Clarencia, por consejo
 de la envidia sí no de la avaricia,
 por ser rico en extremo el noble viejo;
 dejó sola una hija, en la noticia
 del mundo celebrada por espejo
 de la beldad que amor siempre acredita,
 en valor como en nombre Margarita.
 Arturo que del rey era privado,
 y ocasionó esta muerte rigurosa,
 de su hacienda ó su hija enamorado,
 suplica al rey la obligue á ser su esposa;
 en fin, de su favor apadrinado,
 no supo Margarita cautelosa,
 ó no quiso negar el sí pedido,
 y al ofensor admite por marido.
 Celebróse la boda, y cuando intenta,
 en el silencio de la noche obscura,
 al tálamo de amor dejar contenta
 verde esperanza en posesion segura,
 la venganza que tímidos alienta,
 mostró que sin crueldad no hay hermosura,
 pues con filos fingidos (1) de una daga,
 si no amor, Margarita ofensas paga.
 A su esposo dió muerte, y atrevida,
 en un baul que la lealtad previno
 de algun vasallo, viuda y homicida,
 por páramos de sal abrió camino.
 Esto me escribe el rey, que con su vida

(1) Traidores.

pretende castigar su desatino,
y sospechoso que paró en Bretaña,
pide no ampare tan crüel hazaña.

ROGERIO.

¡Lastimoso sucesos! aunque bastante
á disculpar la noble vengadora
de su padre.

CLEMENCIA.

No puede ser amante
quien desleal ofende á quien adora.

DUQUE.

Mi sangre es Margarita, y importante
el socorrella, si se ampara agora
de mi favor.

ROGERIO.

Tal ánimo y belleza
merece que halle sombra en vuestra alteza.

ESCENA XIV.

ENRIQUE. — DICHOS.

ENRIQUE.

Vuestra alteza, señor, sepa
que tenemos en Bretaña
la huéspedada mas hermosa
que dió al amor flechas, alas.
Por parienta y por muger,
es digna de que en su casa
halle favor su hermosura,
y consuelo sus desgracias.

DUQUE.

¿La duquesa de Clarencia?
Ya, conde, por estas cartas
que el rey de Escocia me escribe,
he sabido las hazañas
de su valor vengativo.

ENRIQUE.

¡Válgame Dios!

DUQUE.

No se engaña
en pensar el escocés
que de mi favor se ampara.
¿Dónde está?

ENRIQUE.

Desembarcó,
gran señor, ayer mañana
en un puerto de mi estado,
por ser la menor distancia
que hay desde aquí á aquella tierra;
y solo seguro aguarda
de vuestra alteza, y licencia,
para postrarse á sus plantas.

DUQUE.

Margarita es descendiente,
como sabeis, de mi casa,
y su rey siempre enemigo
de las tres lises de Francia:
Vengó injurias Margarita
de la ambiciosa privanza
que á su padre causó muerte,
y descrédito á su fama.
Muger que fue para tanto,
no es bien, porque desagracia
injurias que en honra tocan,
cobarde desampararla.
Entre en mi corte segura.

ENRIQUE.

Eres generosa rama
del tronco de Clodoveo,
que en tí logra su prosapia.
Por ella los pies te beso;
y porque de la palabra
que la das, estaba cierta,
humilde en palacio aguarda
que entrarte á ver la permitas.

DUQUE.

¿Aquí está?

ENRIQUE.

Sí señor.

DUQUE.

Salgan

á recibilla conmigo
 todos cuantos hay en casa.

ENRIQUE.

No hay , gran señor , para qué ;
 que en esta merced fiada ,
 entra Margarita hermosa ,
 dando luz á aquesta sala.

ESCENA XV.

LEONISA , *de inglesa , muy bizarra , de camino.*

ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

LEONISA.

Vuestra alteza reconozca
 por parienta y por vasalla
 una muger perseguida
 de un rey , puesto que vengada.

DUQUE.

Dadme , sobrina , los brazos ;
 que aunque en tal belleza y gracia
 la crueldad parece fea ,
 os debo dar alabanzas
 por la parte que me toca
 en vuestra justa venganza ,
 y en vuestro favor poner
 á riesgo mi estado y armas.
 ¿Qué hospedaje el mar os hizo ?

LEONISA.

Por ser crüel , pues maltrata
 á quien se atreve á sus olas ,
 y ser amor semejanza ,
 pasaje me dió apacible.

ENRIQUE , *aparte.*

¿ Hay maravilla mas rara ?
 ¡ Que una pastora hable así !
 Vive el cielo que me engaña ,
 y que con saber quien es ,

respeto y temor me causa.

DUQUE.

Besad las manos , Rogerio ,
á la duquesa.

ROGERIO, *aparte*.

Si el alma
conoce por los sentidos
lo que objetos la retratan ,
¿no son de Leonisa, cielos,
estos ojos, esta cara,
aquel aire , aquel hechizo,
aquella risa , aquel habla?

LEONISA.

Perdóneme vuestra alteza ,
gran señor ; que la ignorancia
de forastera , disculpa
mi cortedad , siendo causa
de no haberos conocido.

ROGERIO.

Yo tambien me disculpara
con vuescelencia , señora ,
si á la libertad dejara
el alma hacer cortesías ;
pero como se traslada
toda á los ojos , no da
permision á las palabras.

CLEMENCIA.

Aunque contenta, envidiosa,
de que afrenteis nuestras damas,
os da, señora , los brazos
quien os rinde las ventajas
en discrecion y hermosura.
Honreis , prima , nuestra patria
mil años.

DUQUE.

Es la duquesa
de Orliens , mi sobrina.

LEONISA.

Basta
su presencia para prueba
de que no miente la fama,
que en nuestro reino mas corta

queda , cuanto mas la alaba.
 La merced que me habeis hecho,
 estimo, no confiada ,
 pero agradecida sí ;
 porque honrar con alabanzas
 á los huéspedes, es propio
 de la grandeza , que pasa
 con nobles ponderaciones
 justos límites y rayas.

ENRIQUE , *aparte*.

¡Vive Dios que es imposible
 que puedan unas montañas
 engendrar tal discrecion !

ROGERIO , *aparte*.

Vive el cielo que traslada
 amor en esta muger
 el rostro , acciones y gracia
 de Leonisa , ó que estoy loco.

DUQUE.

Margarita , en nuestra casa
 tendreis hospicio decente.

LEONISA.

Si mi rey os amenaza ,
 gran señor, no será bien
 que ocasione su ira y armas.
 Mas encubierta estaré,
 mientras este rigor pasa,
 en un castillo de Enrique ,
 hasta que dé al rey de Francia
 cuenta de aquestos sucesos.

ENRIQUE.

Sí, gran señor; retirada
 mi prima en mi estado , puede
 asegurar las desgracias
 que del poder de Inglaterra
 puede recelar Bretaña.

DUQUE.

Si gustais de eso los dos,
 y el conde suple mis faltas,
 no os quiero contradecir :
 cumpla el cielo la esperanza
 que teneis en nuestro rey.

Id , hijo , y acompañalda.

LEONISA.

Guarde el cielo á vuestra alteza.

CLEMENCIA.

Dadme licencia , madama ,
que os vaya sirviendo.

LEONISA.

. Yo

soy , madama , vuestra esclava.
No habeis de pasar de aquí.

ROGERIO , *aparte*.

Imaginaciones vanas ,
si una misma imagen veo
en mi amorosa serrana ,
y en la hermosa Margarita ,
duquesa , es cual yo ; adoralda. (*Vanse.*)

ESCENA XVI.

FIRELA , *de inglés*.

¿Que me haya metido en esto
Leonisa ? ¿ hay mas estremada
determinacion ? ¿ Yo inglés ?
¿ yo varon ? ¿ yo marimacha ?
¿ Qué respuesta podré dar
á los que me ven , si me hablan
en leuguaje que no entiendo ?
Solamente dos palabras
me ha enseñado que responda ,
y sacándome de entrambas ,
doy con nuestra traza en tierra ,
y á la vergüenza me sacan.

ESCENA XVII.

UN CRIADO.—FIRELA.

CRIADO.

Diga, señor gentil-hombre,
¿qué nombre tiene madama
la duquesa ?

FIRELA.

Bona guis
toixton.

CRIADO.

No entiendo palabra.
¿Tiene en Londres su asistencia ?
¿Es doncella ó es casada ?

FIRELA.

Bona guis toixton.

CRIADO.

¡Tostones ;
y ambar gris ! ¡ Buena demanda !
¿ Es caballero ?

FIRELA.

Milord.

CRIADO.

Milord es lo que en España
viconde ó baron. (*Aparte.* Por Dios,
que es la figura estremada.
Voime; que no hay entenderle.) (*Vase.*)

FIRELA.

Si de esta el cielo me escapa,
no mas disfraces ingleses,
no mas figuras lacayas.

ESCENA XVIII.

CARLIN.—FIRELA.

CARLIN.

No hay encontrar á Leonisa,
ni dar con Firela ; dambas
despues que es duco Rogerio,
dadas á los diabros andan.—
Buen hombre, ¿acaso habés visto
en palacio dos serranas
vestidas de.... ¡Ay Dios! ¿qué es esto?
¡Firela! ¿vos atacada?
¿Sois danzante ó bolatina?
¿Quién os volvió marimacha?
Al santo oficio os acuso.
¡Verá el mundo qué tal anda!
¿Quién diabros os puso así?

FIRELA.

Bona guis toixton.

CARLIN.

¡Fayancas
conmigo, que las entrevo!
Alto al puebro ; que os aguarda
nueso amo. ¿Qué es de Leonisa?

FIRELA.

Bona guis toixton.

CARLIN.

Borracha,
¿pullas á mí? Voto al sol,
si empiezo, que os eche tantas,
que deis al diablo el oficio.
Dejaos de eso, y alto á casa ;
que Pinardo envia por vos.

FIRELA.

Toixton, toixton.

(Pícale con la daga, y vase.)

CARLIN.

¡Ay! Tostada

te vea yo por la josticia.
Voto al sol, ó que trocada
tengo la vista, ó que es ella.
Pues no os han de valer chanzas. (*Vase.*)

ESCENA XIX.

ROGERIO.

¿Podré persuadirme yo
á tan grande disparate,
ni á que mi Leonisa trate
fingirse duquesa? No.
Sé que el inglés solicita
al duque, y cuenta le da
de que sospecha que está
en Bretaña Margarita;
sé que el conde lo confiesa;
sé que á la corte ha venido
para quitarme el sentido;
sé que he visto á la duquesa;
que en el trage y en el trato
por inglesa es bien la dé
crédito; mas tambien sé
que es de Leonisa retrato.
Ya suele naturaleza,
que al pincel de cuenta alcanza,
mostrar en la semejanza
su divina sutileza.
Diversas veces pintó
(aunque siempre es cosa rara)
en dos una misma cara;
mas unas acciones no;
que esas por ser de la esencia
de cada individuo varias,
por fuerza han de ser contrarias,
y es infalible esta ciencia.
Pues si son estas razones
evidentes, ¿cómo imita
á Leonisa Margarita.

en cara, en habla y acciones?
 Alma, averigualdo vos;
 que aunque este milagro ignoro,
 la una por la otra adoro,
 y estoy dividido en dos.

ESCENA XX.

LEONISA y FIRELA, *de pastoras*.—ROGERIO.

LEONISA.

Rogerio, ya yo he cumplido
 lo que vos me habeis mandado:
 por daros gusto, he buscado
 desde ayer acá marido.
 El señor de Moncastel
 la mano me ofrece dar
 con el dote, porque ahorrar
 del amor os quiero, y de él.
 Dadme el parabien, y á Dios;
 que es tarde, y vengo de prisa.

ROGERIO, *aparte*.

Alto; engañéme: Leonisa
 es esta, y entre las dos
 dividido mi amor crece,
 adorando mi interes
 en mi serrana lo que es,
 y en la otra lo que parece.

LEONISA.

Echadme la bendicion,
 y á Dios, que es tarde.

ROGERIO.

¡Ah Leonisa!

quien despide tan aprisa
 memorias del corazon,
 no las tuvo en mucho precio.
 Casaos con Filipo vos,
 y hágaos venturosa Dios;
 que yo moriré por necio,
 pues á mi padre sujéto,

en dignidades repara ,
que por vos menospreciara
mi amor , á ser yo discreto. (*Vase.*)

ESCENA XXI.

LEONISA. FIRELA.

LEONISA.

Asomábanle á los ojos
lágrimas cuando se fue.
¡Ay mi Rogerio! yo haré
que paren vuestros enojos
en regocijos, si el cielo
mis quimeras favorece.
Firela, ¿qué te parece
de estas cosas?

FIRELA.

Que recelo
que no han de tener buen fin.

LEONISA.

¿Por qué, si el principio ves
tan próspero?

FIRELA.

Aunque en inglés
me transformase, Carlin
me conoció en ocasion
que segun fue porfiado,
apenas de él me han librado
la bona guis y el toixton.
Volvámonos al aldea,
si quieres que no nos echen
menos en ella.

LEONISA.

Aprovechen
mis industrias, y no sea
Clemencia dueño pesado
de quien sé yo que me quiere,
y venga lo que viniere.

ESCENA XXII.

CARLIN.—LEONISA. FIRELA.

CARLIN.

Este pueblo está encantado:
 escapóseme el toston ,
 no sé por dó diabros. Hela.

FIRELA.

¡Carlin....!

CARLIN.

¡Cátala Firela ,
 y cátala inglés! No son
 vuestas mañas para menos ,
 Firela , que chamusquinas.
 ¡Buena estuvo la invencion!
 Gana teneis de ser macho.

LEONISA.

Pues ¿qué ha sido?

FIRELA.

Está borracho.

CARLIN.

Si, bona guis y toixton.

FIRELA.

Si escuchamos sus razones ,
 Leonisa , es nunca acabar.

CARLIN.

A fe que os han de costar
 caro el guis y los tostones.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

ROGERIO. FILIPO. PINARDO.

ROGERIO.

Es mucha desigualdad ,
puesto que amor os abrasa ;
sois deudo de nuestra casa ,
y ofendeis su calidad.
Leonisa es una pastora
incapaz de tal ventura ;
gastan años la hermosura ,
que el tiempo en breve desdora ;
acabaráseos el gusto ,
y crecerán los cuidados ;
temo veros mal casados ,
y consentirlo no es justo.
Mirad , Filipo , primero
lo que haceis.

PINARDO.

Su mucho amor
pone por intercesor ,
duque y señor , lo que os quiero.
Pobre y serrana es Leonisa ;
mas en tal desigualdad
la virtud es calidad
que al cuerdo á elegirla avisa ;
y cuando haga ejecucion
la vejez en su hermosura ,
no envejece la cordura ,
ni cansa la discrecion.
En esta el cielo la dota ,
y esta suple lo demas.

FILIPO.

Si atención á ejemplos das,
 no mancha al mar una gota
 de tinta, ni en sangre noble
 (que por ser tuya, es un mar)
 podrá Leonisa manchar
 mi calidad. ¿De qué roble
 no sale una imagen bella
 que el mundo despues adora?
 Si es roble por ser pastora,
 amor piensa sacar de ella
 una imagen soberana.
 En mi real tapicería
 la industria igualar porfia
 al oro y seda la lana:
 con ella se mezcla y teje,
 y siendo por sí tan baja,
 al brocado se aventaja.
 Lana es Leonisa; mas deje
 tu permission, gran señor,
 que esta mezcla el gusto vea;
 telar el tálamo sea,
 y su artífice el amor:
 verás de este desacierto
 la imagen que saca un roble,
 de la lana un tapiz noble,
 y el fruto de aqueste enjerto.
 Solo tu licencia espero.

PINARDO.

Criándose en nuestra casa
 Leonisa, cuando se casa,
 y mas siendo yo el tercero,
 no es bien que su gusto impidas.

ROGERIO.

Si uno ruëga, otro intercede,
 casarse Leonisa puede;
 que á llamas encarecidas
 con tanta ponderacion,
 no es bien hacer resistencia.
 Amor es todo violencia;
 pero de la discrecion
 de Leonisa conjeturo

que tiene de llevar mal
casamiento desigual,
tan pocas veces seguro.
¿Admitelo ella?

FILIPO.

¿Pues no?

Tu licencia, alegre, espera.

ROGERIO.

(*Aparte.* ¿Ay Leonisa! al fin ligera.

Mas si estoy culpado yo,
¿por qué á mudanza atribuyo
lo que en tí fue discrecion?)

No quiero en tanta aficion
quitarle á amor lo que es suyo.

Casaos, Filipo, gozad
de Leonisa la belleza:
el alma es quien da nobleza;
la virtud es calidad.

Alma de tal perfeccion,
y virtud tan conocida,
justo es sea preferida
á otra cualquier eleccion.

¿Cuándo intentais desposaros?

FILIPO.

Quisiera, señor, Leonisa
esta tarde.

ROGERIO.

¿Tan aprisa?

¿Qué de ello debe de amaros!

FILIPO.

No le sabré encarecer
á vuestra alteza, señor,
los extremos de su amor.

ROGERIO.

(*Aparte.* Es Leonisa, en fin, muger;
en aborrecer y amar
son ejecutivas todas.)

Yo he de apadrinar sus bodas,
y tambien la he de dotar:
así se lo he prometido.

Andad, Filipo, con Dios;
que siendo su esposo vos,

cuerda eleccion ha tenido.
Preveníis; que esta tarde
vuestro padrino he de ser.

FILIPO.

Si tal dicha he de tener,
¿qué temor hay que acobarde
mi ventura? Vuestra alteza,
yéndonos á honrar allá,
generoso suplirá
las faltas de su nobleza.
Los pies mil veces os beso.

ROGERIO.

Siendo vuestro intercesor
Pinardo, cualquier favor
mereceis; yo os lo confieso,
como á padre le respeto,
y le debo lo que soy.

PINARDO.

Soberbio, señor, estoy,
viéndoos tan cuerdo y discreto.
Bien logra mi dicha en vos
los años que os enseñé.
Mil siglos de vida os dé
el cielo.

ROGERIO.

Pinardo, á Dios.
(*Vanse Pinardo y Filipo.*)

ESCENA II.

ROGERIO.

¡En fin, Leonisa se casa,
y no conmigo! ¡en fin, cielos,
cobró en libranzas de celos
deudas de amor, que me abrasa!
Amante Filipo pasa
inconvenientes de estado
que mi dicha han estorbado,
sin reparar que es pastora:

luego mas que yo la adora,
pues mas que yo la ha estimado.
Porque soy duque, desprecio
prendas, que aunque en la corteza
contradicen mi grandeza,
son de inestimable precio:
si mi amor no fuera necio,
pudiera conjeturar
con Filipo que manchar
no puede el mar una gota,
ni dar en mi sangre nota
Leonisa, si amor es mar.
La imagen del roble bella
con que Filipo me avisa,
en abono de Leonisa,
puede obligarme á querella:
el cielo ha encerrado en ella
discrecion de mas valor
que la calidad mayor,
y es ignorante bajeza
despreciar por la corteza
lo que es noble en lo interior.
Yo la estimo, yo la adoro,
¡y yo rehuso escoger
tapiz que pueda tejer
su humilde estambre con mi oro!
Ó soy bárbaro, ó ignoro
que amor, hortelano astuto,
en sazonado tributo,
si la voluntad es huerto,
estima en mas el enjerto
de dos almas, que otro fruto.
Perdonaráme Clemencia,
Filipo perdonará:
los ejemplos que me da
sirven contra él de sentencia.
Amorosa (1) competencia,
no mancha una gota el mar;

(1) *Amor hercye, en competencia*, dice la primera edicion.

la imagen quiero labrar
 que aqueste roble me ofrece
 para mí, que no merece
 tal imagen otro altar.

ESCENA III.

EL DUQUE. CLEMENCIA. ENRIQUE.—ROGERIO.

DUQUE.

Murió el rey perseguidor
 de la duquesa, y hereda
 Eduardo en quien solo queda
 el reino, mas no el rigor:
 á Margarita perdona,
 y restituye en su estado:

ENRIQUE.

Yo que el parabien la he dado,
 si el ser tu sangre me abona,
 te suplico, gran señor,
 me des licencia de ser
 su esposo.

DUQUE.

¿Cómo?

ENRIQUE.

Es muger

Margarita que en amor
 el hospedage ha pagado
 que perseguida la dí;
 ya que á Clemencia perdí,
 y el suceder en tu estado,
 no dudo que te has de holgar
 de la dicha que intereso.

ROGERIO.

¿Cómo, Enrique? ¿cómo es eso?

ENRIQUE.

La mano me ofrece dar
 Margarita, siendo gusto
 de vuestras altezas dos.

DUQUE.

Si ella se casa con vos ,
negároslo fuera injusto.

CLEMENCIA.

¡ Gran casamiento habeis hecho!
Sea, conde, para bien.

ROGERIO, *aparte*.

Dos bellezas quiero bien
en una, y cuando sospecho
que las llamas que me abrasan ,
en una se han de templar ;
porque no haya que esperar ,
juntas las dos se me casan.
A Clemencia estoy tambien
por amar, y intentará
casarse; pero no hará
cosa que á mí esté bien.

DUQUE.

Partamos, hijos, á darla
los plácemes del estado
y esposo que han restaurado
su penar.

CLEMENCIA.

Comunicarla
deseo; que es tan discreta,
segun dicen, como hermosa.

ENRIQUE.

Es suspension milagrosa
del mundo, que la respeta.

ROGERIO, *aparte*.

Es de Leonisa retrato,
que es mas.

CLEMENCIA.

Si vos la alabais,
conde, cuando os abrasais
en su amor, yo tambien trato
aventajarla entre todas.

DUQUE.

Partámosla á visitar;
que si tiene de alegrar
nuestra corte con sus bodas,
juntándolas con las vuestras

será la fiesta mayor.

ROGERIO, *aparte*.

¡Celos de Leonisa, amor!

¿Celos tambien á las muestras
primeras de Margarita?

Cásese Clemencia y todo,

y quíteme de este modo

el mal quien el bien me quita.

(Vanse el duque y Rogerio.)

CLEMENCIA.

Quien delante de otra dama

á quien primero sirvió,

de mas hermosa alabó

la que milagro la llama,

ó tiene mucho de necio,

ó peca de descortés;

juzgad vos de esto lo que es

quien me tiene en poco precio;

que yo que ocupé el cuidado

un tiempo en vos, (poco fue)

tambien desterrar sabré

las reliquias que han quedado. *(Vase.)*

ESCENA IV.

ENRIQUE.

Ya va buena esta quimera;

ya este celoso artificio

ha empezado á hacer su oficio,

y dichoso fin espera;

pero Leonisa es de modo,

que aunque en sangre desigual,

si ser quiere el principal,

temo que se alce con todo.

Perlas enseña su risa,

cielos logra su presencia;

¿qué tiene que ver Clemencia

con los ojos de Leonisa?

Pero ¿qué digo? ¿estoy loco?

Leonisa á Rogerio adora ,
 Clemencia de él se enamora ,
 y con las dos puedo poco.
 A la inglesa van á ver
 (ó á Leonisa convertida
 en ella) los duques; pida
 mi amor lo que puede ser.
 Vuélvame Clemencia á amar,
 Leonisa á Rogerio enlace ;
 que como sus bodas trace,
 no hay, amor, tal negociar. (*Vase.*)

Quinta de Enrique.

ESCENA V.

LEONISA, *de luto bizarro*, y FIRELA, *de inglés*.

LEONISA.

Es cosa estraña el amor
 que Margarita me tiene:
 dice que estimará en tanto
 mi buen despacho y el verme
 sucesora de Bretaña,
 como todas las mercedes
 que con su restitucion
 el nuevo rey la promete.
 Seis millas se fue de aquí,
 donde encubierta pretende
 que su nombre sustituya,
 y mis venturas concierte.
 Hasta en esto soy dichosa,
 que este alcazar (Castil Verde
 por nombre) de nuestra sierra
 dista media legua breve:
 con que sin echar de ver
 mi falta cuando me ausente,

ya represento á Leonisa,
ya á Margarita.

FIRELA.

En fin, ¿eres
duquesa á un tiempo y pastora
y el sí de esposa prometes
al conde Enrique y Filippo,
dividida en dos mugeres?

LEONISA.

Y no he de ser de ninguno;
que amor nacido entre redes
de Vulcano, no te espantes
que enredos fabrique siempre.

FIRELA.

Y á mí, ¿para qué me traes
entre disfraces ingleses,
lacayo de disparates,
con que he de echar á perderte?

LEONISA.

Para hacer mas verisimil
este engaño, que no puede
dejar de tener buen fin,
si amor y fortuna quieren.
Si tú, Firela, me faltas
agora, ¿con quién pretendes
que mis trazas comunique?

FIRELA.

A estrañas cosas te atreves.

ESCENA VI.

CARLIN.—DICHAS.

CARLIN.

(Sin reparar en las dos.)

De esta vez hemos de ver,
voto al sol, si estuve alegre
de cascos el otro dia,
ó si es de casta de duendes.
Firela: en ayunas salgo;

agora no podrá herme
 trampantojos el tintillo,
 si me dió el gato por liebre.
 De bodas dejo á Leonisa
 en la aldea: mucho puede
 la hermosura, pues pastora
 hasta á un medio conde vence.
 Ocupada queda allá
 Firela vaciando vientres,
 y rellenando lechones,
 porque hay convite solene.
 Diz que aquí con la escocesa
 vive el page que me tiene
 un mes há huera de mí,
 y á Firela se parece.
 Si agora topa conmigo,
 Bercebú que despergeñe
 el quillotro que me aturde.
 ¡Pero voto al sol que es este
 Bona-guis-toixton! ¡Verá!
 No sé yo que se semeje
 un huevo tanto con otro.

LEONISA.

¡Qué es esto! ¿hasta mi retrete
 se entran los hombres así?
 Llamad mi guarda. Hola, gente.

CARLIN.

¡Ay Dios! ¡otro que él! ¿Hay cosa?
 Leonisa, si no es que vueles,
 ¿por dónde diabros veniste?
 ¿quién te ha vestido de requiem?
 ¿cásaste acá por ventura?
 ¿háse pasado el banquete
 á esta casa? ¿cómo diabros
 estar en dos partes puedes?
 No há media hora que te ví
 recibiendo parabienes
 del cura, alcalde y vecinos,
 y de todos los parientes
 de Filipo, sin querer
 trocar la palmilla verde,
 el cordellate y la frisa,

por las telas y joyeles
que tu marido te trajo,
¡y agora sofatamente
te vistes de viernes santo,
no siendo viuda, ni viernes!
Firela, dímelo tú.

LEONISA.

Hola, ¿qué rústico es este?
Echadle de aquí.

FIRELA.

Villano,
¿he de abrirle dos ojetes
con la daga?

CARLIN.

Esos serán
ojales; Dios me revele
si esté todavía borracho,
y si duermo, me despierte.

ESCENA VII.

—

ENRIQUE.—DICHOS.

ENRIQUE.

Los duques están en casa;
vuestra escelencia se apreste,
y amorosa los reciba.

CARLIN.

(Para sí.)

Esto es hecho, Carlin duerme.
Aqueste era el conde Enrique;
pero si toda la gente
de Escocia es tan semejante
á la que Bretaña tiene,
otro Enrique habrá tambien
allá. Si no es que lo sueña,
válgate el diablo el tintillo.

FIRELA.

Hola, rústico, despeje
la sala; acabemos ya.

CARLIN.

¡Miren lo que un sueño puede!
 ¡Que imagine agora yo
 que Firela á echarme viene
 de palacio, hecha lacaya!

FIRELA.

Sígame y salga.

CARLIN.

Saldréme,
 ó soñaré que me salgo.
 Si otra vez mas os bebiere,
 ojo de gallo, en geringa
 me envasen vueso escabeche.
 Agora sueño que voy
 andando; Firela, tenme.

(Vanse Firela y Carlin.)

ESCENA VIII.

EL DUQUE. CLEMENCIA. ROGERIO. ACOMPAÑAMIENTO.—
 LEONISA. ENRIQUE.

DUQUE.

Vengo á dar á vuescelencia
 duplicados parabienes
 de estados restituidos
 y del esposo que adquiere
 por mano de su eleccion;
 que quien tambien agradece
 hospedages de Bretaña,
 envidia es bien que nos deje
 á los que no merecimos
 regalar tan noble huesped,
 puesto que participemos
 dichas del conde presente.

LEONISA.

Por serlo, gran señor, vuestro
 Enrique, es bien que interese
 la gloria que se me sigue
 de que él por mi dueño quede.

ROGERIO , *aparte.*

Vive el cielo que me abraso
de celos, y que impaciente
estoy por hacer locuras.

¡Ay similitud alegre
del original que adoro!

Si en tí se retrata el fenix
de mi Leonisa , ¿por qué
mi agravio y pena consiente
que esté en ageno dominio
su imagen , y reverencie
tirano dueño la copia,
cuyo origen mi alma tiene?

LEONISA.

El veros enagenado,
gran señor , de aquesa suerte,
me impide el llegar á hablaros.
¿Qué tristezas os suspenden?

ROGERIO.

¡O señora ! agenos gustos
suelen causar que se aumenten
las tristezas en el triste,
y estóilo yo las mas veces.
Perdonad mi suspension ,
y el conde que está presente,
dilate dichas y estados,
que gocen títulos reyes.

CLEMENCIA.

Las mismas gratulaciones
es bien que yo á daros llegue,
envidiando, aunque muger,
la hermosura que merece
llamar dueño al conde Enrique.
(*Aparte.* ¡Ay pensamientos crueles!
¿Por qué de olvidadas prendas
sufrés que llamas recuerden?
Quise á Enrique; entró Rogerio;
pero ¿qué dueño no siente
el ver posesiones tuyas,
que se pierdan ó enagenen?
Abrásome en celos vivos.)

(*Apártase con Leonisa Rogerio.*)

ROGERIO.

Duquesa , amor , que á la muerte
 compararon tantos sabios ,
 tiene por ley romper leyes.
 Retrato de un imposible
 sois , tan propio , que les debe
 dos estudios de una accion
 la hermosura á sus pinceles.
 Vuestro original ó copia
 adoré , y inconvenientes ,
 cuanto necios , poderosos ,
 diluvios de amor detienen.
 Vos fuistes la suspension
 de mis sentidos , que leves
 correos , al alma avisan
 que en vos sus hechizos tienen .
 En semejanza os amé
 primero , y ya con poderes
 de mi dicha , en propiedad ,
 que en vos ganan lo que pierden .
 Sucesor soy de Bretaña ;
 mi padre es duque ; no intente
 que lo que estrellas influyen ,
 razones de estado fuercen .
 Yo no tengo inclinacion
 á Clemencia , ni suceden
 descendencias que se logren ,
 de casamientos parientes .
 Junte á Orliens su estado Enrique ;
 bien se han querido ; recuerden
 memorias amortiguadas
 que estriban en intereses .
 Vos habeis de ser mi esposa ;
 que no es posible que nieguen
 retratos de quien adoro ,
 lo que su origen pretende .
 Como vos me deis el sí ,
 efetuaráse , aunque pese
 á Clemencia , al duque , á Enrique . .
 y á cuantos su estorbo intenten .
 Ni términos me pidais ,
 ni alargueis con plazos breves

resoluciones de amor
que á lo mas árduo se atreven.
¿Qué decís?

LEONISA.

La brevedad
del tiempo, y los que presentes,
duque generoso, estorban
que conmigo me aconseje,
no bastan á que no elija
lo que há tanto que apetece
un amor disimulado,
que ha callado porque teme.
Por la amorosa deidad
que tanto en las almas puede,
y en las nuestras predomina,
que desde el instante alegre
que os ví, Rogerio, os adoro,
y que Clemencia inclemente,
usurpando al sueño noches,
ha ocasionado mi muerte.
Pero advertid, duque mio,
que aunque mi rey me concede
restauracion de mi estado,
y con él otras mercedes,
mientras que no se efetúa,
es la mudanza en los reyes
el móvil de sus acciones,
y sus privados los ejes.
Si se muda, y quedo pobre....

ROGERIO.

No prósigas; que aunque fueses,
no duquesa, una serrana....

LEONISA.

Basta, pues; esto se quede
entre los dos, dueño mio.

ROGERIO.

Y este anillo, si merece

(Pónesele.)

confirmar tálamos justos,
oro esmalte en vuestra nieve.

(Se separan Rogerio y Leonisa.)

LEONISA.

Enrique , llegaos acá,
y agradeced con corteses
demostraciones, favores
que liberal nos ofrece
el duque mi señor. Tanto
se regocija de verme
empleada en vuestro amor,
que ser el padrino quiere
de nuestras bodas , honrando
con prendas que al sol se atreven,
la mano que os he de dar.

ENRIQUE.

Si besar sus pies merecen
mis labios , duplicará
favores.

CLEMENCIA , *aparte*.

¿Que me atormenten
celos de amor despedido,
envidias impertinentes?
¡Vive el cielo que estoy loca!

DUQUE.

Mi corte en veros ausente,
está, Margarita , triste;
y aunque el luto á que la muerte
de vuestro rey os obliga,
estorbe fiestas, bien pueden
salir á vistas de corte
lutos que bodas guarnecen.
¿Cuándo la pensais honrar?

LEONISA.

Señor , cuando dispusiere
vuestra alteza.

DUQUE.

Sea mañana ,
porque os sirvamos presente,
y dadnos licencia agora.

LEONISA.

Mil años , gran señor, cuente
vuestra ilustre senectud
tiempos que en vos se conserven.

CLEMENCIA, *aparte*.

Perdida de celos voy.

LEONISA, *aparte*.

Amorosos pretendientes,
esto sí que es negociar :
la industria todo lo vence.

(*Vanse el duque, Clemencia, Leonisa, Firela y el acompañamiento.*)

ESCENA IX.

ROGERIO. ENRIQUE.

ROGERIO.

Escuchad, Enrique, un poco ;
que los dos alcanzaremos
al duque. Amor, todo estremos,
no es perfeto, si no es loco.
Vos amastes á Clemencia.

ENRIQUE.

Es, duque y señor, así.

ROGERIO.

Y aunque ella os dejó por mí,
yo tengo alguna esperiencia
en esto de querer bien,
y sé que no os quiere mal.

ENRIQUE.

Siendo interes el caudal
de su amor ó su desden,
vencerá la vuestra alteza,
que ha de heredar á Bretaña.

ROGERIO.

Eso mismo desengaña
mi amor, y de la tristeza
que tengo es causa, y aviso
de escarmentar, si es que puedo:
quíereme por lo que heredo,
y á vos por quien sois os quiso.
Segun esto, aunque es tan bella,
si es mi herencia su cuidado,
agradézcale mi estado
lo que yo he de agradecella.

Orliens es su dote real ;
 ella os quiere bien á vos ;
 troquemos damas los dos ;
 y con su estado ducal
 y el vuestro, faltará poco
 para ser rey: Margarita,
 por lo que en la cara imita
 á quien me ha tenido loco,
 su memoria ha de curar.
 Esto os está á vos mejor,
 á Clemencia, y á mi amor.

ENRIQUE.

Señor, yo supe olvidar ;
 mas no tornar á querer.
 La duquesa de Clárencia
 lleva en belleza á Clemencia
 tanta ventaja....

ROGERIO.

Ha de ser,
 que querais, Enrique, ó no,
 Margarita esposa mia.

ENRIQUE.

Si el duque....

ROGERIO.

En la monarquía
 de amor soy el duque yo.
 Mi padre el duque no tiene
 voto en este tribunal ;
 es Margarita mi igual,
 y con mi gusto conviene.
 Conde, esto está de los cielos ;
 los dos nos queremos bien.

ENRIQUE.

(*Aparte.* ; Que estándome esto tan bien,
 me dé á mí Leonisa celos!)
 Señor, yo no puedo amar
 á Clemencia ; aborrecido
 de ella, la puse en olvido ;
 y querer resucitar
 pasiones muertas, es cosa
 á los cielos reservada.
 Si Margarita mudada

promete ser vuestra esposa,
 no quiera mayor venganza
 de mis desdichas Clemencia:
 será, con vuestra licencia,
 mi esposa su semejanza.
 Una serrana hay aquí,
 que en esta sierra es hechizo
 del amor; yo sé que le hizo
 salir un tiempo de sí
 á vuestra alteza; con ella
 me pretendo desposar;
 que en ella podré gozar
 á mi Margarita bella.
 Estado tengo bastante
 para los dos.

ROGERIO.

¿Cómo es eso?

ENRIQUE.

Pierdo por Leonisa el seso,
 no siendo de estotra amante.

ROGERIO.

Leonisa, á lo que imagino,
 con Filipo concertada,
 hoy ha de estar desposada,
 y yo he de ser su padrino.
 Si hoy se tienen de casar,
 mal os convendreis los dos.

ENRIQUE.

Permitildo, señor, vos;
 que yo la sabré obligar
 á que se case conmigo.

ROGERIO.

Pues ¿quiédeos Leonisa bien?

ENRIQUE.

Con mas amor que desden
 me mira.

ROGERIO.

Siendo mi amigo
 Filipo, y mi deudo, es mengua
 el menosprecialle así.

ENRIQUE.

Yo he dado á Leonisa el sí.

ROGERIO.

Pues sacaréos yo la lengua
 con que ese sí le habeis dado,
 pues si ha de ser Margarita
 mi esposa, y á esotra imita,
 quien de ella está enamorado,
 de mi esposa lo estará,
 porque es semejanza amor,
 y ofendereis vos mi honor
 si esa permission se os da.
 Dejad, conde, de ser loco.

ESCENA X.

UN PAGE.—DICHOS.

PAGE.

Señor, el duque da prisa.

ROGERIO.

Ni habeis de amar á Leonisa,
 ni á Margarita tampoco. (*Vanse.*)

Casa de Filipo en la aldea.

ESCENA XI.

LEONISA y FIRELA, *de labradoras*. PINARDO. FILIPO.

LEONISA.

¿Qué de ello debe de haber
 que me echan menos los dos?
 Miren, si esto está de Dios,
 y tengo de ser muger
 de Filipo, claro está
 que he de buscar muchas cosas
 para la boda forzosas;

las mas de ellas tengo ya.
Prevenido dejo al cura ,
y al alcalde he convidado.

FILIPO.

Todo, Leonisa , es cuidado ,
no viendo vuestra hermosura.

PINARDO.

En fin , ¿ no pensais mudar
trage para desposaros ?

LEONISA.

Si á los dos puedo obligaros ,
criada en este lugar ,
hasta salir de él , quisiera
no dar á las labradoras
envidia , que á todas horas
como serrana grosera
me han visto. Mire, señor,
¿ no se enamoró de mí
Filipo, viéndome así?
Pues ¿ si me pierde el amor
vestida de caballera ,
y pongo mi dicha en duda ?
El trage las caras muda ;
tal vez la muger mas fiera
es como un sol de pastora :
esto lo debo al sayal ;
no quiero pagarle mal ;
allá andaré de señora .
Demos este fin honrado
á nuestra serrana frisa.

FILIPO.

Vuestra discrecion, Leonisa,
justas razones ha dado.
Aquí y allá determino
que á vuestro gusto os vistais.

PINARDO.

El duque, si lo ignorais,
viene á ser vuestro padrino.

LEONISA.

¿Cuál duque? ¿ el mozo ó el viejo?

PINARDO.

El mozo.

LEONISA.

Pues ¿para qué?
Mírese allá su mercé
en Clemencia, que es su espejo.
¿De qué ha de servir aquí,
si no es con su gravedad
de asombrar nuesa humildad?

FILIPO.

Su alteza lo quiere así.

LEONISA.

Pues si lo quiere su altura,
¿quién replicarle podrá?

ESCENA XII.

CARLIN. — DICHOS.

CARLIN.

(Para sí.)

¿Si habré despertado ya?
¡Oh lo que este sueño dura!
Juraré que agora estó
en presencia de Leonisa
y Firela, y que de frisa
se visten, de seda no.
Tambien sueño que está aquí
Filipo y Pinardo.

FIRELA.

¿A qué
sales tú acá?

CARLIN, *aparte.*

¿Qué diré?

FIRELA.

¿No se puede hacer sin tí
la boda?

CARLIN.

*(Aparte. Agora soñaba
que Firela me reñía
porque á la boda salía,
y que de casa me echaba.)*

Firela, decidme vos
 si aun duermo; que á mi pesar
 crô que aun me esté en el pajar.
 Buenos dias les dé Dios,
 señores.

PINARDO.

Carlin, ¿qué es esto?
 ¿Al anochecer nos dais
 buenos dias? ¿Qué pensais?

CARLIN.

Debo venir hecho un cesto.
 Cuatro dias há que sueño
 que á Firela veo lacaya,
 en calzas vuelta la saya,
 y que me mira con ceño,
 y á Leonisa hecha duquesa,
 á fuer de tumba vestida,
 ya en serrana convertida,
 ya labradora, ya inglesa.
 Despiérteme su mercé,
 así Dios le dé salú.

PINARDO.

El duque viene.

CARLIN.

¡Jesú!

En este punto soñé
 que el duque á vernos venia.

LEONISA.

Avisen al cura, pues.

CARLIN.

Y que Leonisa despues
 avisar al cura hacia.

ESCENA XIII.

ROGERIO. ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

PINARDO.

Gran señor, ¡tanto cuidado!
 en honrarnos!

ROGERIO.

No he podido
venir antes, divertido
en negocios de mi estado.
Leonisa, en fin, ¿ os casais,
y á Filipo llamais dueño?

CARLIN.

¡Válgate el diablo por sueño!

LEONISA.

Si vos nuesa boda honrais,
siendo el padrino, ¿quién deja
de gozar tal ocasion?
Estoy muerta por un don;
Pinardo me lo aconseja,
y obedecello imagino.

CARLIN.

¡Verá en sueños lo que pasa!
Leonisa, en fin, se mos casa,
y es el dueño su padrino.

ROGERIO.

Daros quiero el parabien.
(*Aparte.* ¡Ay celosos desvaríos!
¿Sufrireis, agravios míos,
lo que aquí mis ojos ven?
No es posible.) Oid un poco,
Leonisa, á parte, primero
que os desposeis. (*Aparte.* Yo me muero;
perdido estoy; yo estoy loco.)
El dote que os he mandado,
quiero acomodar con vos.

(*Desvianse á un lado, y hablan en voz baja.*)

CARLIN.

Ahora sueño que los dos
se apartan á hablar á un lado.

ROGERIO.

¡Ah mudable, ingrata, aleve!
¿Es este el pago debido
al amor que te he tenido,
y al que á mis penas se debe?
¿Tú te casas, vivo yo?
¿Tú te puedes atrever
á estar en otro poder?

LEGNISA.

Pues él ¿no me lo mandó?

ROGERIO.

¡Yo! ¿cuándo, ó cómo?

LEONISA.

¡Verá!

Yo por él marido elijo.

«¿Casaos Leonisa, no dijo,
que yo os daré el dote?» Ya
me caso; lo que él me avisa,
cumpla.

CARLIN.

Agora está soñando
que á solas refunfuñando
están el duco y Leonisa.

ROGERIO.

Sí yo esto dije, liviana,
fue por probar tu firmeza;
pero, en fin, fue tu belleza,
con ser divina, villana.

No has de casarte con él,
ó abrasaré esta montaña.

Ser duquesa de Bretaña
¿no es mejor?

LEONISA.

Pues.

ROGERIO.

¡Ah, cruel!

¡Qué presto hiciste testigo
al tiempo de que en fin eres
lo que las demás mugeres!

LEONISA.

¿Quiere él casarse conmigo?

ROGERIO.

Quiero buscar mi descanso.

LEONISA.

Pues toque, y reportesé;
(*Dale la mano.*)

que á Filipo le diré
que hablé por boca de ganso.

ROGERIO.

En fin, ¿no le quieres bien?

LEONISA.

Como á un dolor de costado.

ROGERIO.

Este anillo esté esmaltado
en esta nieve.

*(Pónesele.)*LEONISA, *aparte.*

¡Oh qué bien!

Otro tanto no há media hora
oí siendo Margarita,
y otro anillo solicita
lo que prometo pastora.
¡Casada de dos con uno!
¿Quién tal suceso ha escuchado?
Con dos en una casado
un hombre, ¿viólo ninguno?
Miren lo que celos son:
mira, amor, lo que me ofreces,
que casándome dos veces,
no es caso de inquisicion.

ROGERIO.

Ya Leonisa está contenta,
y juntamente dotada;
pues ser su esposo os agrada,
y ya correis por mi cuenta,
celebrad, Filipo, luego
vuestro deleitoso estado.
En vuestro nombre la he dado
un diamante.

FILIPO.

Humilde llevo
á honrar mi boca á esos pies.

CARLIN.

¡Bravo sueño! Si hay comida,
duerma yo toda la vida,
y catorce años despues.

ROGERIO, *aparte.*

¡Yo estoy loco! ¿Qué he de hacer?
La mano y anillo dí
á Margarita; ¡ay de mí!
Pues si ha de ser mi muger,
¿cómo me desposo agora

con Leonisa? En mis desvelos
sois casamenteros , celos.
En esta , por ser pastora,
rehusa mi noble estado
lo que en la otra apetece,
porque á esta se parece
; y con las dos me he casado!
¿Qué haré? ;Cielos , triste yo!
¿Desposado allá y aquí?
Con la semejanza sí;
mas con las personas no.
Remedialdo vos , fortuna,
amor , mostrad que sois Dios;
ó haced que me parta en dos,
ó convertidas en una.

ESCENA XIV.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

Los duques , señor , están
aquí; que en fe que han sabido
que honrando á los desposados,
venís á ser su padrino,
autorizallos desean;
que estima ei duque á Filipo,
y Clemencia á la serrana
que tal dueño ha merecido.

ROGERIO.

(*Aparte.* ; Válgame el cielo!) Salgamos
todos cuatro á recibillos.

(*Aparte.* Alto , amor , a questo es hecho;
Leonisa , en fin , ha podido
mas que razones de estado :
ella ha de ser dueño mio.
Si mi padre se indignare,
perdone; que en mas estimo
ser de mi serrana esposo,
que del duque Cárlos hijo.)

CARLIN.

Agora sueño que llegan
 el duco y los dos sobrinos.
 Talle tengo de soñar,
 si no se dijere el vino,
 que vienen los reyes magros,
 Carlo Magno y Baldovinos.

ESCENA XV.

EL DUQUE. CLEMENCIA. ENRIQUE.—DICHOS.

ROGERIO.

Gran señor...

DUQUE.

Hijo, ¿qué es esto?
 ¿Qué es lo que el conde me ha dicho?
 ¿Vos impedís que se case
 con Margarita?

ROGERIO.

Sí impido,
 porque á Margarita intento
 dar la mano, con que obligo
 á Clemencia que del conde
 pague amores y servicios.
 Los dos se han querido bien;
 y ya que el cielo me hizo,
 gran señor, vuestro heredero,
 no es bien quitarle á mi primo
 á Bretaña y á su dama,
 ni en derecho tan antiguo
 tendré yo seguridad
 de quien á otro amante quiso.

ENRIQUE.

Gran señor, en pretensiones
 lícitas, que ya han tenido
 fin alegre, no es razon
 fundar agravios prolijos.
 Si á Clemencia quise bien,
 pues se mejora, os suplico

que no permitais privarme
del dueño que cuerdo elijo.

ROGERIO.

Margarita es ya mi esposa.

LEONISA.

¿Quién? ; Margarita! ¡oh qué lindo!
Si no es que errastes los nombres;
duque, matrimonio pido:
yo estoy con vos desposada.

FILIPO.

¿Estás loca?

LEONISA.

Sean testigos
esa lengua, aquesta mano,
esos cielos y este anillo.

CARLIN.

Agora digo que duermo,
si lo dudé á los principios;
porque no hay sueño ordenado
que no acabe en desatinos.
¡Verá el diablo del dislate!

ROGERIO.

Señor, dejando prolijos
ejemplos, que semejantes
cuentan historias y libros,
yo me crié con Leonisa
en estas sierras; y niño
amor, siendo ya gigante,
¿qué mucho engendre prodigios?
Su esposo tengo de ser,
aunque el patrimonio rico
pierda que en Bretaña adquiero,
y otra vez viva estos riscos.
Sé que he de perder la vida
luego que pierda el arrimo
que hasta agora la sustenta;
y así el menor daño elijo.

DUQUE.

¿Qué es esto, cielos? ¿qué es esto?
Rogerio, si no has perdido
el seso, da fin mejor
á estos años que han vivido

para ver desdichas tales.

CARLIN.

Mezclóse el blanco y el tinto.

¡Miren las cosas que sueño!

Llora el padre, y calla el hijo.

ESCENA XVI.

UN CRIADO.—DICHOS.

CRIADO.

De una carroza se apea
Margarita, que ha venido,
segun dice, á convertir
pesares en regocijos.

ROGERIO, *aparte*.

Pediráme el sí de esposa,
y yo en las dos dividido,
y enamorado de entrañas,
vendré á perder el jüicio.

ESCENA XVII.

MARGARITA, *de luto*. ACOMPAÑAMIENTO.—DICHOS.

MARGARITA.

Dadme, señor, esos pies.

DUQUE.

Alzad, señora. ¿Quién dijo
que érades vos la duquesa?

MARGARITA.

Quien por tal me ha conocido.

Margarita soy, señor.

DUQUE.

¿Cómo?

ROGERIO, *aparte*.

Amor, ¿qué laberintos
de confusiones son estas?

CLEMENCIA, *aparte.*

¿Qué es lo que advertís, sentidos?

CARLIN.

Todos sueñan como yo.

ENRIQUE.

No os admireis; que yo he sido autor de estas suspensiones.

Esta serrana, el hechizo de la hermosura y ingenio, nombre y estado ha fingido de la duquesa presente.

DUQUE.

Pues ¿á qué efeto?

ENRIQUE.

Ha querido con la industria remediar lo que su suerte ha impedido. Rogerio la amó pastora; duque la puso en olvido; y ingeniosa, con engaños á su amor le ha reducido, porque yo goce á Clemencia.

DUQUE.

No logrará sus designios, siendo villana.

MARGARITA.

Señor,

eso el cielo lo previno.

Leonisa es mi prima.

LEONISA.

¿Cómo?

MARGARITA.

Porque es su padre mi tío, que huyendo rigores reales semejantes á los míos, os trajo niña á Bretaña, y hoy que le he reconocido, vengo á que en hondas alegres paren amor y peligros. En vuestra corte os espera.

ROGERIO.

¡Ay, cielo, á mi amor propicio!

LEONISA.

¡ *Esto sí que es negociar!*

DUQUE.

Vamos, pues; que si averiguo
ser verdad lo que afirmáis,
casándose con su primo
Clemencia, daré á Rogerio,
sin riesgos de honor, alivio.

MARGARITA.

Y yo me restituiré
á mi patria.

ROGERIO.

Yo á Filipo
desposaré.

LEONISA.

Yo á Firela.

CARLIN.

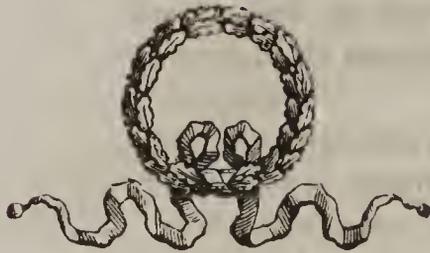
Comedia sin boda ha sido
la presente; yo tambien,
por no casarme dormido,
dejo para en despertando
tentaciones de marido.

LEONISA.

En pretensiones de amor,
yo, ilustre senado, he sido
la que supo negociar,
si agradaos he sabido.



El argumento de *Esto sí que es negociar*, y el de *El Melancólico*, que le sigue, es uno mismo. Por esta razón solo se ha hecho un examen para ambas comedias, y va colocado al fin de la segunda.





3 0112 098519009